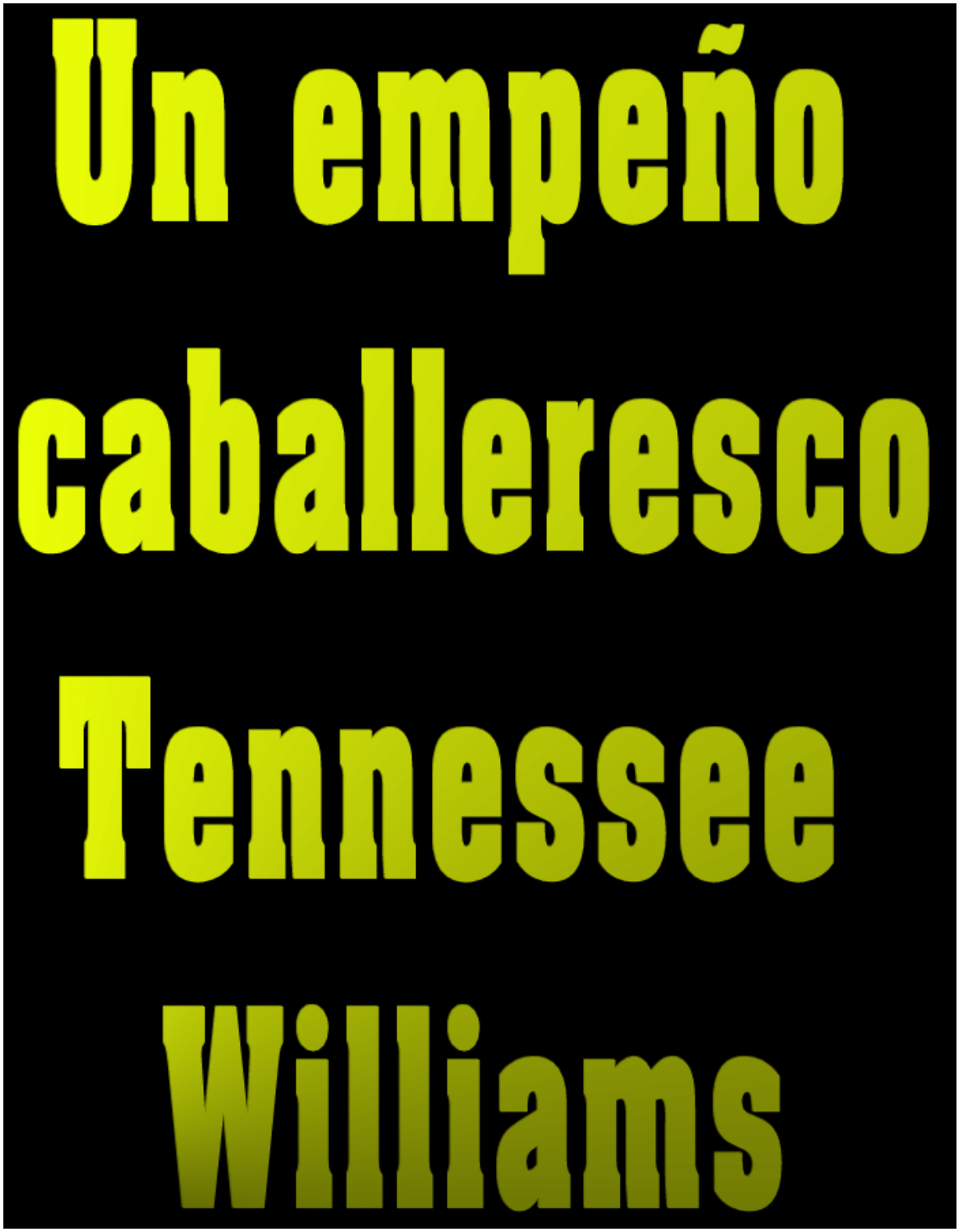
Un empeño caballeresco
Tennessee Williams



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Cuando Gewinner Pearce regresó al hogar, tras haber viajado durante años, en compañía de un preceptor y consejero, el recientemente fallecido doctor Horace Greaves, todo lo que vio desde el aeropuerto, incluso el edificio de éste, le pareció tan diferente que llegó a pensar que el avión había efectuado una escala imprevista. Se disponía ya a regresar a toda prisa al interior del aparato, cuando oyó una voz de mujer que pronunciaba su nombre. Dirigió la vista hacia el lugar en que había sonado el grito, y vio a una joven que avanzaba hacia él a velocidad propia de un delantero centro, mientras su abrigo de visón se estremecía y aleteaba alrededor de su cuerpo. Por un instante, un par de policías armados consiguieron detener el avance de la mujer, que gritó:

- ¡ Quítenme las manos de encima! ¿Es que no saben quién soy? ¡ Soy la esposa de míster Braden Pearce, y he venido a recibir al hermano de mi marido! ¡Es este señor! ¡Se llama Gewinner, igual que nuestra ciudad!

Los policías, con la cabeza protegida con cascos de acero, se apartaron de la joven, la saludaron militarmente, con timidez y deferencia, y la mujer prosiguió su carrera hacia Gewinner, quien, para defenderse y aguantar la embestida lo mejor posible, puso ante sí, verticalmente, el paraguas de seda negra que empuñaba, y tensó su cuerpo frágil. Sin embargo, tuvo la confortante sorpresa de advertir que la joven esposa de su hermano, a la que veía por primera vez en su vida, aminoraba la velocidad de su avance, instantes antes de llegar ante él, con lo que evitó la inminente colisión. Acto seguido, la mujer le saludó con estilo rápido y vigoroso, pero bastante coherente.

Como si se encontrara al otro extremo del aeropuerto, la mujer gritó:

-¡Gewinner, estoy segura de que ni siquiera sabes quién soy! ¡ Soy Violet, la mujer de Braden! Tu madre, la bendita de tu madre, se moría de ganas de venir a recibirte, pero no ha podido porque hoy le tocaba ir a depositar una corona en el monumento a los caídos en Kwat Sing How, y, por esto, la pobre, me ha pedido que viniera a recibirte en nombre suyo.

Gewinner dijo:

-¡Ah...! Bueno...

Ahora, los dos se dirigían hacia el edificio del aeropuerto, mientras Violet proseguía su unilateral conversación:

-¿Has tenido buen viaje? Te he reconocido en el mismo instante en que has comenzado a bajar la escalerilla, y no porque te parezcas a Braden, no, nada de eso, no os parecéis ni pizca, sino porque eres exactamente tal como imaginaba, te lo juro, palabra de honor. ¡Igual! ¡Exactamente igual!

Con evidente interés en la respuesta que su pregunta provocaría, Gewinner inquirió:

-¿Y cómo me imaginabas?

Gewinner era un tanto Narciso, y siempre tuvo curiosidad por saber la impresión que causaba a la gente que no estaba habituada a verle.

-Bueno, yo sabía que tu familia te llamaba el Príncipe, te llamaba y todavía te llama, ¿sabes?, y te aseguro que si he visto a alguien en toda mi vida que parezca un príncipe de cuento de hadas, este alguien eres tú. Sí, sí, palabra.

Sin efectuar una pausa, Violet gritó:

-¡Dios mío! ¡Otra vez! ¡Ya están tocando otra vez el «Babe's Stomp»!

-¿Tocando qué?

-Babe, Babe, Babe, la hija del Presidente, ya sabes.

-¿La hija del Presidente? Pues no, no sabía...

-Bueno, da igual. Primero fue el «Babe's Hop», y ahora es el «Babe's Stomp». Te aseguro que detestaba de todo corazón el «Hop», pero comparado con el «Stomp» ese,

el «Hop» me parece música celestial, de veras, te lo juro.

Violet se refería a la música rítmica que difundía a volumen ensordecedor un altavoz colocado en lo más alto del edificio del aeropuerto. El altavoz daba al aeropuerto atmósfera de discoteca, y varios pasajeros recién llegados, así como algunos individuos que habían acudido a recibirles, daban giros y más giros sobre sí mismos y pateaban el suelo, en movimientos propios de espásticos.

Superando la barahúnda, Gewinner gritó:

-Noto algo raro en el aire... Huele de una forma rara.

Violet contestó a gritos:

-¡Sí, claro! ¡Es el humo de «El Proyecto»!

-¿Y qué es «El Proyecto»?

Ahora, ya no era preciso gritar porque el «Babe's Stomp» había cesado tan bruscamente como había empezado a sonar. La pregunta, formulada a gritos por Gewinner, sonó en el consiguiente silencio relativo, y llamó la atención de quienes se encontraban alrededor. Le miraron con expresión de curiosidad o de incredulidad, o quizá con una mezcla de una y otra.

En un susurro y moviendo tan sólo la comisura de los labios, Violet dijo:

-Más vale que no hablemos de eso, ahora.

A continuación gritó:

-¡William! ¡William!

Un hombre carente de expresión, vestido de uniforme, al parecer al servicio de la familia Pearce, surgió de entre la multitud que atestaba la sala de espera del aeropuerto, y se hizo cargo de los tíquets del equipaje de Gewinner.

-Y, ahora -dijo Violet-, podemos esperar en el automóvil, y conocernos un poco mejor, a no ser que prefieras tomar un trago en el bar. Francamente, me gustaría que lo prefirieras. Te aseguro que tengo ganas de echarme algo entre pecho y espalda. Las prisas me dan una sed terrible. Anda, vamos Príncipe. Es por aquí, al final de estas escaleras. Le llaman el «Salón del Firmamento». Bueno, no sabes lo emocionados que están todos con tu regreso al hogar, después de tus viajes. Mejor que vayamos al mostrador. Nos servirán antes. ¿Cuál fue el último lugar en que estuviste?

-En el país del sol de medianoche -repuso Gewinner, sabedor, por la velada mirada de Violet, de que ésta no prestaba la menor atención a su respuesta, que, por cierto, era un embuste.

En realidad, el último lugar en que había estado era Manhattan, donde su preceptor y consejero, el doctor Greaves, fue víctima de una sobredosis de una droga que solía tomar para ampliar sus percepciones. Esta droga no sólo amplió las percepciones del doctor Greaves, sino que también las alteró un tanto, de modo que aquel excelente y modesto filósofo y doctor en Humanidades se tiró desde el tejado de un edificio de cinco pisos, situado en el barrio de Turtle Bay, de Manhattan, como si obedeciera a una llamada proveniente de los espacios siderales, lo cual probablemente fue lo que creyó hacer.

En el mostrador, Gewinner pidió un campari con soda, pero no lo obtuvo debido a que el barman ignoraba la existencia de esta bebida. Violet demostró cierto matiz dominante en su manera de ser al pedir al camarero dos «stingers», cócteles compuestos de brandy y extracto de menta. Se echó el suyo al coleto con tanta premura como si quisiera apagar un incendio, en el interior de su barriga, y, a continuación, dijo a Gewinner:

-¿Qué haces, Príncipe? ¡No has bebido ni siquiera lo suficiente para quitar la sed a un gorrión! Me beberé lo que has dejado.

Violet se echó al coleto el «stinger» de Gewinner, y dijo;

-Es lo que el médico me ordena y estoy siempre dispuesta a obedecerle, y ahora más valdrá que vayamos corriendo al automóvil antes de que la familia pueda sospechar que hemos estado en el bar.

En el automóvil, mientras se dirigían al hogar, si es que hogar se podía llamar a aquello, Gewinner siguió advirtiendo que el pueblo se había convertido en una ciudad, y que presentaba un aspecto totalmente desconocido para él. El parque, en el que anteriormente crecían cipreses, se había transformado en un recinto con suelo de cemento, en el que jugaban unos simios disfrazados de niño, o al menos esto creyó Gewinner.

Más para sí mismo que para Violet, Gewinner observó:

-Recuerdo que antes este parque era como un escenario de ballet. Quiero decir que había cisnes en el lago, y había grullas, garzas, flamencos, e incluso un pavo real siempre rodeado de varias pavas, y ahora no hay ni un ciprés, ni un cisne, y ni siquiera un lago para el cisne.

-Basta, basta, basta ya de tristes filosofías -dijo Violet.

-No filosofaba, me limitaba a recordar y a observar.

Gewinner dirigió una dura mirada a Violet, y se preguntó dónde había sido educada aquella mujer, caso de haber recibido educación alguna. Violet le oprimió el brazo, como si quisiera consolarle, y dijo:

-Me parece que no te das cuenta de que todos estos cambios se deben a «El Proyecto».

-¿Y se puede saber qué es esto exactamente?

-¡Príncipe! ¡No puede ser que hables en serio!

-Pues hablo totalmente en serio. En mi vida he oído ni media palabra acerca de «El Proyecto».

-No es verdad, porque te acabo de hablar de él. Y ahora vas a verlo, por lo menos la parte exterior. ¡Ahí! Es esto. mira.

El automóvil pasaba ante lo que parecía ser un enorme presidio destinado a delincuentes de la más peligrosa especie. El recinto estaba protegido por una alta tela metálica en la que había, aquí y allá, carteles que decían, PELIGRO, ELECTRICIDAD, y tras esta tela, unos hombres vestidos de uniforme, y acompañados por perros, paseaban de uno a otro lado. Parecía que los perros quisieran avanzar más aprisa que los hombres, y no dejaban de proyectar violentamente la cabeza al frente y de dirigir enfurecidas miradas hacia atrás, a los hombres. Después, los perros volvían a mirar al frente, con una expresión que bien cabía calificar de ferozmente llameante. Tanto las cabezas de los hombres como las de los perros efectuaban ligeros movimientos giratorios de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, como si hombres y perros hubieran asistido a la misma escuela de adiestramiento, y hubiesen salido de ella igualmente capacitados en el arte de la vigilancia, y resultaba difícil precisar cuáles eran las miradas más feroces, las de los guardas humanos o las de los perros.

Casi con acentos de exclamación, Gewinner dijo:

-Pero si aquí estaba la industria de mi padre, la fábrica de Baterías «Diablo Rojo».

Con evidente entusiasmo, Violet dijo:

-Sí, ¿no te parece maravilloso? Tu padre, el bendito de tu padre, tenía aquí la fábrica de baterías, pero ahora ha sido transformada en «El Proyecto», y quiero que sepas que tu hermano, Braden Pearce, es el mandamás. ¿No te parece magnífico?

-¿Y qué se fabrica en «El Proyecto»?

- ¡Eres una monada, Príncipe! ¿De verdad que no sabes qué es lo que se hace en «El Proyecto»? ¡Pues ahí se fabrica una cosa que servirá para borrarlos a todos, a todos ellos, del mapa del mundo, y de una vez para siempre!

-¿Y quiénes son ellos?

-¿Quiénes van a ser? ¡Ellos, ellos, ellos! ¡No pueden ser otros! ¿Hablas en serio, Príncipe? ¿O es que intentas tomarme el pelo?

Gewinner oyó el sonido de un roce, y vio que Violet acababa de sacar una menuda agenda del bolso y que escribía algo en ella. Violet arrancó la página y la puso en la mano de Gewinner. El mensaje decía: «Cambia de tema, creo que en el automóvil han instalado una cinta magnetofónica para espiarnos.»

Apenas había acabado Gewinner de leer este extraño mensaje, cuando Violet le arrancó el papel de la mano, lo estrujó, se lo metió en la boca, lo masticó, efectuó las contracciones precisas para tragárselo, tosió, oprimió un botón que puso en marcha una radio, se llevó las manos a la garganta, y volvió a contraer los músculos del cuello, con pleno éxito en esta ocasión.

Inmediatamente después de esta curiosa serie de actos, o síndrome inevitable, Violet volvió a parlotear:

-¿Príncipe? ¿Gewinner? Me hubiese gustado que hubieras visto la cara de satisfacción que han puesto mamá y Braden cuando han sabido que de repente habías decidido regresar. Ha sido algo digno de verse. Mira, ya hemos llegado. ¿Reconoces la casa?

El automóvil había penetrado en un sendero que terminaba ante un edificio de piedra gris, que tenía cierta semejanza, al parecer buscada de propósito antes que por mera casualidad, con algo similar a un viejo castillo sarraceno, puesto al día.

Ajustándose casi por entero a la verdad, Gewinner contestó:

-Es lo único que he reconocido desde que he bajado del avión.

En el curso de los días siguientes, sin necesidad de formular preguntas, y limitándose a escuchar y a unir diversos fragmentos de conversaciones, Gewinner llegó a saber un conjunto de hechos que explicaban los cambios observados en la ciudad, tales como aquel consistente en que la fábrica de baterías «Diablo Rojo», propiedad de su padre, hubiera sido transformada en una entidad llamada «El Proyecto», y que este «Proyecto» estuviera ocupado día y noche en la fabricación de una maravillosa y misteriosa arma de destrucción. El número de individuos empleados en «El Proyecto» era superior al de la población de la ciudad, en los tiempos en que Gewinner inició sus viajes. Hordas de científicos, técnicos, militares de alta y baja graduación, agentes del servicio de contraespionaje, obreros altamente especializados y obreros normales y corrientes, en cargos que ocupaban toda la escala jerárquica, trabajaban en las operaciones propias de «El Proyecto». Tal como dijo Violet, «El Proyecto» no sólo era grande, sino también el más grande de los proyectos, sin la menor exageración.

El personal de «El Proyecto» y sus familias se alojaban en unas viviendas de cemento, nuevas y de estructura cúbica, denominadas «Alegría del Sol», y a su alrededor habían surgido numerosos comercios, grandes y pequeños, para satisfacer las necesidades de aquella gente, y proporcionarles sanos placeres, comercios que casi todos tenían nombres igualmente alegres, como «La Favorita», «Arco Iris», y «Pájaro Azul».

Uno de estos nuevos comercios, ni muy grande ni muy pequeño, era el parador de automovilistas llamado «El Muchacho Alegre», y se encontraba en una esquina, diagonalmente opuesto a la mansión familiar de los Pearce. Este parador fue lo que provocó, en Gewinner Pearce, con más fuerza que cualquiera de las restantes vulgaridades surgidas en su ciudad durante su ausencia, la sensación de haber sido injuriado personalmente. El parador había sido construido en terrenos propiedad de los Pearce. Braden, el hermano menor de Gewinner, lo había arrendado, por un plazo de noventa y nueve años, a un compañero de adolescencia cuyo retrato en neones dorados

sonreía y reía soltando grandes carcajadas, a intervalos de diez segundos, desde el ocaso hasta medianoche. Hay que tener en cuenta que aquella era la más distinguida calle residencial de la ciudad, y que el carcajeante retrato al neón del dueño del parador, se encontraba casi frente a la mansión de los Pearce. Gewinner, desde luego, jamás se había hecho falsas ilusiones acerca de la dignidad y elegancia de la casa de sus mayores, pero no por ello dejaba Gewinner de ser un Pearce, y el retrato al neón de «El Muchacho Alegre» le parecía una ofensa personal. Aquel retrato reía a carcajadas tan sonoras que superaban todos los sonidos, salvo los más ruidosos pasajes de la música sinfónica que Gewinner ponía por la noche en su aparato de alta fidelidad, a fin de calmar sus nervios. Además de las carcajadas, también había que contar con los bocinazos de los automóviles cuyos conductores pedían, desde el amanecer hasta medianoche, que les sirvieran inmediatamente artículos tales como hamburguesas gigantes, costillas a la parrilla, maltas, bebidas de cola, cafés, etc. Quienes atendían a los automovilistas eran muchachas que a veces perdían el dominio de sus nervios, afectados por la constante presión de su tarea, y padecían ataques histéricos acompañados de gritos. Además, bastante a menudo, también se oía la quejumbrosa sirena de una ambulancia o de un automóvil policial, o ambas al mismo tiempo. Una vez la camarera histérica era transportada a toda velocidad al dispensario de la «Alegría del Sol», parecía que el «Muchacho Alegre» se partiera de risa ante el acontecimiento, y pese a que Gewinner comprendía muy bien cuan cómico era aquello, con comicidad evidentemente negra, lo cierto era que el Príncipe de los Pearce no podía evitar que las mecánicas carcajadas quitaran toda comicidad a aquellas escenas. Y, ahora, hagamos un pequeño paréntesis que nos retrotraerá en el tiempo.

Mientras Gewinner se dedicó a viajar, su madre le mandó exactamente dos comunicaciones al año. Un cablegrama por Navidades y un cablegrama por Pascua de Resurrección, ambos dirigidos a las oficinas de la American Express en Londres, capital que Gewinner visitaba de vez en cuando para proveer su guardarropía. El texto de estos cablegramas era muy pertinente. El de Navidades decía: «Cristo ha nacido. Te quiere, tu madre.» Y el de Pascua de Resurrección decía: «Cristo ha resucitado. Te quiere, tu madre.» En cierta ocasión, entre Navidades y Pascua, Gewinner despachó un telegrama a mamá Pearce, cuyo texto pareció a ésta carente de significado. Este telegrama decía: «Querida mamá, ¿se puede saber qué hace ahora? Te quiere, Gewinner.»

Sin embargo, debemos consignar que la correspondencia de mamá Pearce era mucho más locuaz de lo que estas dos notificaciones anuales, dirigidas a su viajero hijo, parecen indicar. Y «locuaz» es el mot juste, ya que las cartas y telegramas que dirigía mamá Pearce al exterior eran dictados a grito pelado a su secretaria particular, la menuda Miss Genevieve Goodleigh. Y «a grito pelado» es la expresión correcta, debido a que mamá Pearce dictaba su correspondencia mientras se sometía al tratamiento Vibra-Wonder, que producía mucho ruido y duraba tres horas seguidas, con el resultado de rejuvenecer durante unas cuantas horas a mamá Pearce.

Ahora, en esta específica mañana a la que nos ha llevado nuestro salto atrás en el tiempo, llegó un telegrama de Gewinner, pero mamá Pearce no prestó la menor atención al correo hasta después de aullar a la fenomenal Miss Goodleigh, su correspondencia. Y el término «fenomenal» es el que conviene con toda exactitud a Miss Goodleigh, ya que ésta era capaz de no perder ni media palabra de la correspondencia de mamá Pearce, incluso en aquellos momentos en que el Vibra-Wonder funcionaba a la más alta de las cinco velocidades de que estaba dotado.

En aquella ocasión, en aquella específica mañana, mamá Pearce aullaba una carta dirigida a la más destacada dama de sociedad de la capital de la nación.

«Querida Boo: Supongo que ya sabrás que el Presidente, su esposa y su divina

hija, Babe, pasaron en casa el último final de semana, y te juro por la salud de mi cuerpo y mi alma que las mujeres lo pasamos bomba mientras los hombres sostenían sus conversaciones al más alto nivel, sobre la crisis esa de Ghu-Ghok-Shu. Desde luego, en anteriores reuniones ya había tenido ocasión de darme cuenta de que la primera dama es más divertida que una jaula de monos, y que, en términos generales, es la monda, pero esta última visita fue un partirse de risa constante. El momento cumbre vino cuando nos fuimos todas al club Diamond Brite. Yo le dije a Mag: "La nave del Estado está en buenas manos, así es que más vale que nosotras no nos preocupemos demasiado de estos asuntos." Bueno, querida, pues te aseguro que no nos preocupamos lo más mínimo, no señora, y mientras el Gran Jefe y mi chico, esta maravilla que tengo por hijo, Braden, discutían sobre dónde dar el próximo golpe y con qué darlo, te aseguro que por la guasa que hicimos cualquiera hubiera dicho que lo más grave que ocurría en el mundo era algo así como una cacería de gorriones, con merienda. Lo pasamos cañón con un par de conjuntos de jazz, y luego vino el conjunto ese de los Wildcat Five, que son el último grito, y luego vino un negro que se puso allí para que le tirásemos pelotas de baseball a la cabeza, y que, cuando le dábamos, se caía a un tanque de agua fría, y luego hubo un combate de boxeo entre dos canguros, arbitrado por un perro. ¡ Fue la caraba! Y ahora viene lo bueno. No puedes siquiera imaginarlo. De repente, cuando estábamos pasándolo en grande, en el momento cumbre, se abren las puertas y aparece mi chico, Braden, empujando un barril con ruedas, pintado de rojo, blanco y azul, con el Jefe dentro, y el Jefe iba disparando dos pistolas. Estaban contentos como un par de chicos que vinieran de pegarle fuego a la escuela, y te juro, querida, que los fotógrafos y los periodistas lo pasaron de narices, se pusieron como locos, y el pandemónium fue de locura, y todos estábamos salidos de madre, hasta que de pronto, la orquesta comenzó a tocar el «Babe's Stomp», en honor de Babe, y Babe va y se lanza como una bala sobre mi chico, Braden, y se pega a él, en un abrazo de oso, con tanta fuerza que, por un momento, temí le fuera a romper un par de costillas. Oí que Babe gritaba: "Anda, baila el stomp conmigo, pequeño." Y los dos empezaron a patear la pista. Lo mejor fue cuando, sin querer, tropezaron con la segunda invitada de honor y la tumbaron sobre la mesa, allí donde estaban los pasteles y los dulces. Entonces, Babe ordenó a la orquesta que tocaran un número lento que se llama «El apretón», bueno, y, ¿cómo voy a decírtelo, querida Boo?, en fin, tú ya sabes que yo no me azaro fácilmente, y que, por otra parte, sería muy difícil encontrar a una primera dama tan moderna y al día como Mag. Sí, pero fíjate en lo que me dijo Mag. Mag fue, se inclinó hacia mí y me dijo: "¿Ves lo mismo que estoy viendo, Nelly? Mi hija y tu hijo están bailando tan juntos que ni siquiera cabe un sello de correos en medio: y fíjate cómo se miran. Me dan ganas de llorar, igual que si estuviera en una boda." ¿Qué te parece, Boo? Estoy segura de que sabes ver la trágica ironía de este asunto. La pobre Violet jamás ha tenido personalidad suficiente para ocupar en la vida la posición en que ahora se encuentra. Quiero decir que la pobre chica se ha visto, así, de improviso, en una posición que supera en mucho los límites de su manera de ser, y que sería mucho más feliz si reconociera que ha rebasado sus posibilidades reales. Sin embargo, opino, mi querida Boo, que nos encontramos ante una tragedia que todavía podemos evitar. Si Braden y Babe sienten una atracción tan poderosa, y si ha bastado que se relacionen un poco para que se den cuenta de ello, yo creo que esto es un signo de que el destino lo quiere así, y estimo que estamos moralmente obligados a darles ocasión de que se vean más a menudo. Te lo digo porque ahora me encuentro en una situación que me permite que este par se vean más, y que esto puedo hacerlo aquí mismo, en casa, y puedes estar segura de que sería mucho más difícil conseguir que Braden y Babe no se vieran que conseguir que se vean. ¿Comprendes lo que quiero decir, Boo? Ya sé que esta pregunta es superflua porque si

no comprendieras lo que quiero decir, ello significaría qué eres más ciega que diez murciélagos de noche y en un campanario, lo cual no es tu caso, Boo, ni mucho menos. Tu visión y tu máquina de pensar han sido siempre de primera calidad. Creo que si proporcionamos a la pareja unas cuantas ocasiones de que se vean en banquetes y demás, ahí, donde tú estás, y en unas cuantas juergas y comilonas, aquí, podemos salvar la vida de dos seres jóvenes que la providencia creó el uno para el otro. Y, ahora, Boo, guarda el secreto de lo que te acabo de contar, pero si crees, tal como yo creo, que mis planes son maravillosos, hazme el favor de mandarme un telegrama con una sola palabra: "maravilloso". Y si tienes reservas o dudas, contéstame con otra palabra: "oscuro". Y...»

En este instante, Miss Goodleigh, gritó:

- ¡Se me ha roto la punta del lápiz!

-¡Maldita sea! -exclamó mamá Pearce -. ¿Qué diablos pasa esta mañana que nada funciona como es debido?

Miss Goodleigh, que nunca había oído hablar con tanta violencia a su ama, se echó a llorar, y se refugió corriendo en el cuarto de baño, para serenarse un poco.

Mientras la secretaria permaneció ausente, mamá Pearce terminó su tratamiento de Vibra-Wonder y, por no tener otra cosa que hacer, cogió con distraído ademán un telegrama llegado aquella mañana. Se trataba del telegrama de Gewinner. Decía así: «Querida mamá: He quedado atónito y entristecido al enterarme de que papá ha volado a los cielos, para ocupar el palacio que allí tenía preparado. Considero que es mi deber acudir a tu lado en estos momentos de dolor, y permanecer junto a ti todo el tiempo que sea necesario a fin de solucionar el imprevisible problema de la reducción de que ha sido objeto mi presupuesto de gastos de viaje. No mates el más cebado de tus terneros, pero ten por seguro que volveré al hogar dentro de muy pocos días. Te mandaré telegrama diciéndote día y hora. Te quiero mucho, Gewinner.»

-¡El Señor se apiade de nosotros! -gritó mamá Pearce.

Y, en un instante, se dio cuenta de que en el telegrama no constaba número de teléfono ni señas que le permitieran comunicar al Príncipe que no tenía ninguna necesidad de su presencia para que la consolara en su nuevo estado de viudedad.

Y, ahora, retrotrayéndonos un poco más en el tiempo, digamos que Gewinner se había dedicado a viajar por el ancho mundo desde aquella primavera, correspondiente al decimosexto año de su vida, desde aquella mañana primaveral, en que su preceptor y consejero, el fallecido doctor Horace Greaves, había logrado convencer a papá y a mamá Pearce, con suma rapidez y facilidad, de que su primogénito, el Príncipe de la torre, aprendería mejor los grandes temas de Humanidades si viajaba, si los estudiaba en tierra y mares extranjeros. Apenas el fallecido doctor Horace Greaves hubo abordado el tema, fue interrumpido por la tonante voz del fallecido míster Pearce, quien manifestó: «Magnífico, maravilloso, formidable, por el amor de Dios póngase en marcha inmediatamente...» Y, casi al mismo tiempo, mamá Pearce tocó el timbre convocando al mecánico, a fin de que, a velocidad de rayo, transportara a su hijo y al preceptor al aeropuerto, y no les perdiera de vista hasta que estuvieran encerrados en el avión, y el avión hubiera despegado.

De esta manera comenzó Gewinner sus viajes en compañía del mencionado preceptor y consejero.

En el curso de estos viajes, Gewinner creció y se desarrolló, pero el preceptor y consejero contrajo una afección nerviosa, complicada con pertinaz insomnio, que culminó en un colapso, seguido de varias recaídas, y, por fin, tuvo que recluirse en un sanatorio de Baviera, especializado en la cura de enfermedades nerviosas mediante un tratamiento de hielo. El pobre doctor Greaves se pasó tres meses envuelto en hielo, con

la temperatura rebajada a la propia de los peces y los lagartos, y, durante este frío período de la estoica vida del doctor en la tierra, Gewinner se las arregló, no se sabe cómo, para ser admitido en la Navy. Su permanencia en la Navy fue de duración notablemente breve, ya que duró unos diez días, minuto más minuto menos. Después, Gewinner reanudó su vida civil, y su nombre y apellidos, así como todos los datos a él referentes, fueron borrados de los archivos del ejército del mar, igual que si Gewinner no hubiera existido jamás.

Entonces, Gewinner mandó un telegrama al doctor Greaves: «Sal del hielo y volvamos a la carga.» Y se dio la feliz coincidencia de que el telegrama llegó a manos del doctor Greaves el mismísimo día en que éste fue extraído del hielo, y, aun cuando el distinguido universitario, humanista y educador no había tenido todavía tiempo de deshelarse del todo, lo cierto es que tenía tantos deseos como Gewinner de volver a la carga otra vez, especialmente rumbo a territorios ecuatoriales.

Pero ocurrieron dos acontecimientos, casi simultáneos, que retrasaron la reanudación de los viajes de los dos hombres, aunque mejor sería decir que cancelaron definitivamente estos viajes. Uno de estos acontecimientos ha sido ya mencionado, y se trata del fatal accidente de que fue víctima el doctor Greaves en el barrio de Turtle Bay, Manhattan, que irónicamente se produjo en un banquete de despedida, celebrado en el terrado de una casa de cinco pisos, banquete en el que el principal y único plato fue una especie de hongo, más o menos emparentado con las setas, bajo cuya influencia el buen doctor se tiró de cabeza desde el terrado, igual que un paracaidista, y terminó sus terrenales desplazamientos en el inexorable límite del pavimento. Sin embargo, el segundo acontecimiento no ha sido todavía mencionado. Consistió en una información que un empleado bancario proporcionó a Gewinner, según la cual el cuerpo del padre de éste había sido sembrado recientemente en el huerto familiar destinado al definitivo reposo de los Pearce, y todas las propiedades habían pasado a la administración y usufructo de mamá Pearce y de su hijo menor, Braden. Esta última circunstancia afectó profundamente a Gewinner, ya que significaba que la cuantía de los giros que recibía no sería suficiente para permitirle el elegante estilo de vida que había llevado hasta el momento, y los viajes a uno y otro lugar de la superficie de la tierra.

Con muy buen sentido, Gewinner intuyó que si pasaba una breve temporada en el hogar de sus mayores, pronto conseguiría convencer a su hermano y a mamá Pearce de que más les valdría permitirle proseguir sus viajes al estilo opulento a que estaba acostumbrado.

Pese a que el hermano de Gewinner tenía un año menos que éste, lo cierto es que Braden Pearce gozaba de la madurez propia de un hombre con familia, en tanto que Gewinner conservaba una apariencia grácil y adolescente, gracias a su delgadez, así como a la calidad de su piel, que era tan suave que parecía carecer de poros, de igual manera que la seda más pura parece no haber sido tejida.

Gewinner se alojaba en aquella torre de piedra gris, parte de la mansión familiar, que había sido diseñada de tal manera que recordaba un castillo medieval, con cierto aire de pop-art. Gewinner se había mudado a esta torre en los primeros años de su adolescencia, a fin de estar todo lo alejado de la familia Pearce que la geografía de la mansión permitía. Y consiguió que pusieran en aquel edificio una escalera de hierro, para caso de incendio, casi tan empinada como una escalera de cuerda, que unía el jardín con una de las ventanas de la torre, a fin de que sus inquietas idas y venidas nocturnas no fueran advertidas por la familia. Refinamientos como éste eran la causa de que sus familiares, animados por mezclados sentimientos de pasmo y burla, le llamaran el Príncipe.

Braden Pearce tenía el aspecto que suelen adquirir los jugadores de fútbol

norteamericano cuando se dedican a los negocios y llevan ya varios años casados. Grueso, embrutecido y con el rostro cada día más congestionado, Braden Pearce estaba en trance de convertirse en uno de estos hombres con aspecto de toro que vencen cualquier oposición a sus deseos, gracias únicamente a su peso físico y a la energía de sus propósitos, hasta el momento en que, a los cuarenta y cinco o cincuenta años, el alcohol les ha suavizado, y hasta el momento en que, a los sesenta años, el corazón les falla definitivamente.

En los días a que nos referimos, Braden se encontraba en la cúspide de su capacidad viril. Por las mañanas, su esposa, Violet, presentaba un aspecto pálido y humedecido, igual que si hubiera pasado la noche en un baño de vapor. Para desdicha de Gewinner, el dormitorio de su hermano y su cuñada se encontraba exactamente debajo de la habitación que ocupaba en la torre, y la pareja hacía unos ruidos propios de bestias de la selva, en sus noches conyugales, que eran casi todas las del año. Braden, en sus mejores momentos, aullaba y maldecía. Y Violet, en los suyos, gritaba como cien faisanes juntos. Al parecer, Braden y Violet también rodaban de un lado para otro, y derribaban cuanto había en las mesillas de noche. Algunas noches, mamá Pearce llamaba a la puerta del dormitorio, y decía: «¿Os pasa algo? ¿Hijo mío, Violet, os pasa algo?» Ninguno de los dos contestaba inmediatamente. Violet sollozaba y hacía ruidos como si la estuvieran estrangulando, en tanto que Braden maldecía y jadeaba, durante un minuto más o menos, antes de contestar la angustiada pregunta de mamá Pearce, tras la puerta. Por fin, los dos contestaban con voces roncas: «No, no, mamá, no. Estamos bien. Anda, vuélvete a la cama.»

Una noche, una señora viuda y su hijo soltero, apellidados ambos Fisher, que vivían en la casa contigua, fueron a la de los Braden para jugar una partida de bridge, partida que todavía duraba en el momento en que Violet y Braden se retiraron a su dormitorio. Gewinner intervenía en esta partida debido a que le gustaba demostrar que su inteligencia superaba a la de su madre en el juego del bridge. Y estaban todos jugando cuando los aullidos, maldiciones y exclamaciones sacras y seculares comenzaron a estremecer el castillo. Mamá Pearce empezó a carraspear con vigor y, después, pidió a Gewinner que pusiera en marcha el alta fidelidad, pero Gewinner esbozó una perversa sonrisa y dijo:

-Mamá, la música me impide centrar la atención en el juego.

-Pues yo creo... -dijo mamá Pearce.

Pero no pudo terminar la frase porque en aquel preciso instante un objeto muy pesado, probablemente Braden, cayó al suelo del piso superior, y del techo se desprendió una lluvia de yeso que fue a caer sobre la mesa de bridge, mientras la gran lámpara de cristal se balanceaba como un péndulo, dicho sea exagerando muy poco. La vecina, que era la compañera de Gewinner en el juego, emitió repetidos golpes de tos, y, sin dejar de sacudirse el polvillo de yeso que cubría sus ropas, dijo que le picaba la garganta.

Con un rígido intento de sonrisa en sus labios tensos, mamá Pearce dijo:

-Vaya... Compañero, tengo que pasar.

Luego, incapaz de aprender las realidades de la vida, mamá Pearce se levantó de la mesa, se excusó y subió las escaleras para ir a llamar a la puerta del dormitorio de la joven pareja.

Desde abajo, se oyó la voz de mamá Pearce;

-¿Hijo? ¿Violet?

Y antes de que pudiera preguntarles si les pasaba algo malo, se oyó la voz de Braden, fuerte como un trueno, que resonó en toda la casa:

-¡Maldición!

Y la aguda voz de Violet:

- ¡Que me caigo!

La pareja de mamá Pearce, en el juego de bridge, nervioso individuo soltero que bordeaba los cincuenta años, estaba ruborizado y tembloroso, debido a que escenas de esta naturaleza son muy embarazosas para los muchachos sureños, cuando se encuentran en presencia de sus madres. El chico se olvidó del juego, y comenzó a jugar cartas que parecía eligiese el azar. Desde el momento en que la vecina anunció que le picaba la garganta nadie pronunció ni media palabra, pero su hijo y ella se turnaron en la tarea de toser. Entonces Gewinner comenzó a hablar, aunque lo hizo de un modo que parecía meditara en voz alta. Abordó un tema que no guardaba ninguna relación con los juegos que se desarrollaban arriba y abajo. El discurso de Gewinner fluía fácil de sus labios, que dibujaban una sonrisa propia de Hamlet o de Mona Lisa, aun cuando quizá tuviera también cierto matiz malévolo, cierto matiz de salvaje serenidad. En aquel monólogo curiosamente elíptico, pronunciado bajo la oscilante araña de cristal y la ininterrumpida lluvia de polvo, dijo cosas que jamás hubieran podido resistir el análisis de una mente dedicada al cultivo de la lógica, caso de haber sido escritas - tal como ahora lo son-, y que parecían proceder de un cinta magnetofónica en la que se hubieran grabado las más libres asociaciones surgidas en la mente de un romántico alucinado.

Como si se dirigiera a la vecina, Gewinner dijo:

-Mi querida señora Fisher, el curso de la historia cambió el día en que una unidad de tropas mercenarias de infantería, equipadas con una nueva arma llamada ballesta, apareció sobre el campo de batalla, y los soldados hincaron la rodilla entre las florecillas salvajes que salpicaban con sus colores el césped perlado de rocío de cierto campo de la región de Normandía, si no me equivoco, que pasó a la historia con el nombre de Campo de Agincourt...

-Mamá, ¿eran cinco corazones?

-No hijo, eran cinco diamantes. Antes de que...

-Oh...

Gewinner siguió hablando serena e ilógicamente.

-Sí, los soldados de infantería no se dedicaron a cortar las flores del campo y probablemente ni siquiera se dieron cuenta de su existencia, sino que pusieron las flechas en los arcos, y las mandaron volando hacia un escuadrón de caballeros con armadura y yelmo con plumas, y en aquella límpida mañana comenzó un período histórico que seguramente no se cerrará en tanto haya seres humanos sobre la tierra. Las flechas dieron en el blanco con terrible exactitud, la carga de los caballeros fue detenida, las tropas mercenarias de a pie alzaron la rodilla del campo perlado de rocío, corrieron al frente, volvieron a arrodillarse entre las flores del campo, y de nuevo dispararon sus silbantes flechas contra sus enemigos ataviados de blanco y de plata, en el Campo de Agincourt. Imagino que aquello fue algo muy parecido a pasar de jugar al ajedrez a jugar a damas. Me refiero, claro está, al gran juego de bandos rivales que se desarrolla en el mundo. ¿Es lógico lo que digo? Lo dudo mucho. Pero como sea que nadie me escucha, la lógica carece de importancia. Siempre he creído que en el hecho de que esta casa fuera construida de modo que recordara un castillo medieval, intervino cierto romanticismo enloquecido, pero la situación ha llegado a un absurdo excesivo gracias al parador «El Muchacho Alegre», emplazado aquí, frente a este fingido castillo. La última vez que vine a casa, en la torre del castillo ondeaba una bandera de seda blanca, en forma de triángulo, acabado en dos puntas bifurcadas, con un escudo y él motto Carpe Diem, que significa «Apodérate del día». Todo lo cual me hace sospechar que quizá más allá del sol y bajo nuestros pies, en el centro de la tierra, no hay dos nobles misterios sino un par de libros humorísticos. Sin embargo, en cuanto a mí hace

referencia, debo confesar que, cuando salgo solo de noche, me parece que hay algo más allá de las estrellas que mi vista alcanza a ver, y algo bajo mis pies, en lo más hondo de la tierra. No sé a qué se debe. Quizá todo radique en el placer de apartarme un poco de este falso castillo medieval y de «El Muchacho Alegre».

-Perdona, ¿decías algo? -dijo la señora Fisher. Gewinnner repuso:

-Pues estaba diciendo que cada vez que la tierra da un giro alrededor de su eje, un empleado celestial, un empleadillo mal pagado, traza un signo menos junto al símbolo que allá se utilice para representar el síndrome de Don Quijote, o como le llamen allá arriba, y que no sé si los ángeles se ponen a llorar o a cantar, cuando el empleadillo marca el signo.

El hijo de la vecina habló:

-¿Qué dices, Gewinner? Tampoco te escuchaba.

-Bueno, lo que decía es algo que tiene tan poco significado como los murmullos de un cura agnóstico en el acto de celebrar misa, pero alguien tenía que decir algo, y por esto he dicho que al otro lado de la calle, ante la Fantasía de los Pearce, hay una verdadera joya de la arquitectura neocolonial que se ha hecho famosa por sus costillas a la parrilla, por sus pollos en cesta, por sus pasteles de chocolate espeso como el cemento recién mezclado, y por el café hirviente y aromático. Y os aseguro que no exageraré si os digo que este establecimiento es tan ruidoso, bueno, casi tan ruidoso como Violet y Braden, o por lo menos es tan ruidoso, o casi, cuando salen los empleados que trabajan en uno de los turnos de «El Proyecto» para ceder su puesto al turno siguiente, vamos a ver, doblo, redoblo, y habéis perdido siete, lo cual no dejará de ser un grave golpe para mamá, cuando baje del piso de arriba.

Los ruidos en el piso superior no habían cesado todavía, y los Fisher, madre e hijo, habían dejado de tener el rostro de color rojo y ahora lo tenían blanco como el papel. Pero la viuda Fisher consiguió hablar, y de nuevo preguntó a Gewinner qué había dicho mientras ella estaba con la atención fija en las cartas. Gewinner contestó:

-Nada, tonterías. He hablado sólo para oír mi propia voz, ya que cuando juego a las cartas me es mucho más fácil concentrarme si digo bobadas. Cuando mamá Pearce regrese de su infructuoso intento de recortar las alas de Eros, le voy a proponer algo. Le propondré que instale un órgano en el dormitorio de Violet y de Braden, de manera que el instrumento quede oculto tras un biombo o un tapiz. El organista llegará por una escalera secreta, penetrará en el dormitorio por una puerta corredera disimulada y, cuando Violet y Braden se retiren antes de que los invitados hayan abandonado al castillo, el organista interpretará el Aleluya del Mesías de Hendel, o la Cabalgata de las Valquirias de Wagner. Sí, ahora Violet grita como cien faisanes juntos, y Braden muge igual que un luchador de lucha libre, de esos que representan el papel de villano, cuando su contrincante la retuerce un pie. Maravilloso, sí, maravilloso. Cuando estuve en la Navy durante varios días, trabé amistad con otro recluta que me enseñó una fotografía de su hijo, un bebé, y me dijo que lo había engendrado una noche en que apoyó ambos pies en la pared. Bueno, ahora parece que los dos se retiran para reorganizar sus fuerzas, y que mamá Pearce se dispone a bajar las escaleras. ¿Quién juega? ¡Oh, me toca a mí! Y conste que anteriormente he jugado mientras nadie prestaba atención a mis inconexas meditaciones.

Mamá Pearce entró en la estancia y dijo, en voz muy alta y alegre que contrastaba con la cortante dureza de su mirada:

-Bien, bien, bien...

-¿Qué pasaba, mamá? -preguntó Gewinner.

-Bueno, nada importante. Estaban jugando igual que dos críos al salir de la escuela.

La viuda de la casa vecina dijo con voz átona:

- ¡Qué encantador!

-¿Compañero, hemos terminado una partida? -preguntó mamá Pearce-. ¿Sí? Bueno, pues entonces, ¿por qué no hacemos cuentas, y tomamos las últimas copas?

Gewinner propuso:

-Mamá, ¿por qué no vamos al parador de enfrente y pedimos pollo con patatas fritas? Está tan cerca, resulta tan cómodo...

-Vamos, vamos, Gewinner. Más valdrá que cuando estés en casa, entre viaje y viaje, vayas acostumbrándote a la existencia del parador. No olvides que estará aquí durante noventa y nueve años, por lo menos.

-A lo mejor lo han puesto aquí con la intención de evitar que alguien vuele prematuramente «El Proyecto» -murmuró Gewinner, y, en voz alta, añadió-: Mamá, te hemos vuelto a ganar. Así es que más valdrá que, antes de preparar estas últimas copas, saques ochenta y seis dólares en billetes verdes, y cuarenta y siete en calderilla, porque tanto mi compañera como yo no estamos dispuestos a aceptar un cheque o un vale.

Gewinner se había levantado ya de la mesa, y se había echado sobre los hombros un pañuelo de seda blanca que, por su tamaño, parecía una sábana, y que era tan impecablemente suave como su propia piel. Y ahora Gewinner se ponía un abrigo negro que su compañera de bridge, la viuda de la casa de al lado, tocó con ademán de incredulidad, mientras decía:

-Pero si este abrigo es de...

En el momento en que la vecina iba a decir «moaré», alguien llamó a la puerta, y una voz gritó:

-¡ El encargo del parador!

-Hablando del rey de Roma... -dijo Gewinner.

El encargo consistía, como de costumbre, en dos raciones de pollo en cesta y patatas fritas. Esto era lo que Braden pedía siempre, cuando él y Violet daban fin a un vigoroso asalto más a la enorme y oscura fortaleza de la inercia que domina la dinámica de la existencia, dicho sea de un modo un tanto retórico. Saber con exactitud lo que Braden sentía al terminar uno de estos furiosos asaltos a la fortaleza de la inercia era algo que únicamente podía conseguirse preguntándoselo al propio Braden, y era muy dudoso que éste diese una respuesta coherente, incluso en el caso de que lo intentara. Lo más probable era que Braden se sintiera como un gallo encaramado en una empalizada, en el instante de ver los primeros signos del alba. De todos modos, una cosa era segura. Mientras Braden todavía jadeaba, cogía el teléfono que tenía en el dormitorio y llamaba al parador. Siempre decía: «Hola Billy, trae lo mismo de siempre.» Y Violet siempre decía: «Yo no quiero patatas fritas.» Pero Braden hacía caso omiso de las palabras de su mujer, debido a que nunca le había asustado comerse dos raciones de patatas fritas. Al otro extremo del hilo, Billy contestaba: «Voy inmediatamente, muchacho.»

Este encargo siempre era cumplimentado personalmente por el propietario del parador. El «Muchacho Alegre», el, propio Billy, llevaba las dos cestas humeantes al dormitorio de Braden Pearce y su mujer, y, muy a menudo, se quedaba allí alrededor de una hora, dedicado a tomar copas en compañía de Violet y de Braden, y a recordar con éste las espectaculares bromas y jugarretas que hacían en los días y las noches de su adolescencia, tales como aquella de una festividad del día de difuntos, en que fueron al cementerio de los negros, desenterraron a un predicador que había sido enterrado el día antes, y pusieron su cadáver al lado del féretro, en la escalinata de la iglesia en que predicaba, con un gran cartel clavado en el ataúd, que decía: NO ME HAN DEJADO ENTRAR EN EL CIELO Y HE REGRESADO PARA PREDICAR UN POCO MÁS, EL PRÓXIMO DOMINGO, ACERCA DEL INFIERNO AL QUE IRÉIS A PARAR

TODOS VOSOTROS, NEGRAZOS PECADORES.

Sí, eran días y noches verdaderamente divertidos aquellos de su adolescencia. Y Braden y Billy se juraban recíprocamente que no habían terminado, ni mucho menos, no señor, nada de eso.

En cierta ocasión, Braden dijo a Billy: «Te voy a contar una cosa, chaval, pero olvida que soy yo quien te la digo. Chico, se está preparando un carnaval que será la monda, pero las jugarretas que se harán son eso que se llama información secreta, y la cosa es tan secreta que ni siquiera a ti me atrevo a contártela. No, no creas que es una bobada. Pero puedo decirte algo. Tenemos televisión en color, y en esta televisión en color, muchacho, los negros y los amarillos se ven tan claramente y con tanto detalle que todos los que estamos en «El Proyecto» no hacemos más que llevarnos las manos a la cabeza. Esto es algo que puedo decírtelo porque sé que no eres uno de esos tipos que se pasa el día bebiendo y que luego lo repite todo como una cotorra. Y también te diré que este formidable carnaval que se acerca es algo tan necesario como respirar, y que nosotros los que estamos en «El Proyecto» soñamos en acabar con este carnaval mediante unas navidades blancas, y caerá una nieve blanca, blanca de puro ardiente, y todo va a quedar convertido en un infierno. Eso sí, eso te lo puedo decir. Y te juro que no miento. Y quiero que recuerdes siempre que te he dicho algo que jamás diría a mi mujer, a no ser que estuviera dormida como un tronco. ¿Tú comprendes lo que quiero decirte? »

Aquella noche, cuando el privilegiado compañero de adolescencia de Braden regresó al parador para cerrar las puertas, se sentía transido de un sentimiento cuasi religioso. Tenía la impresión de haber ido a la iglesia, y que el propio Dios Padre hubiera ocupado el pulpito...

El compañero de adolescencia de Braden, que seguía siendo tal compañero pese a que el destino había asignado a uno y a otro posiciones sociales muy distanciadas, se llamaba Spangler, Billy Spangler, nombre de sonido optimista, sonido muy adecuado a la personalidad de quien lo ostentaba.

Una semana después del reingreso de Gewinner en el seno de la familia, y valga la expresión, éste tuvo su primer contacto directo con Billy. Sucedió de la siguiente manera. Aquella temporada, Gewinner no tenía automóvil propio, pero Violet le había cedido generosamente su cadillac descapotable, que era de color violeta para que hiciera juego con su nombre, y una hermosa mañana de otoño, Gewinner penetró, llevado por un súbito impulso, en el sendero que conducía al parador, hacía el que sentía una repugnancia casi obsesiva. Gewinner nunca había reconocido, ni siquiera en su fuero interno, que sentía intensa curiosidad hacia el compañero de adolescencia de Braden, hacia aquel hombre que había arrendado, por el optimista plazo de noventa y nueve años, el parador que se alzaba prácticamente ante el castillo de los Pearce.

Gewinner casi siempre se comportaba como un hombre frío, pese a que tenía un sistema nervioso que no dejaba de lanzar ardientes chispas bajo su piel, como si celebrase constantemente un festival de fuegos artificiales. El difunto doctor Horace Greaves, había enseñado a Gewinner el secreto de aparentar serenidad, pero el discípulo había superado en esta materia al maestro, quien siempre que pasaba el trámite de aduanas en puertos y aeropuertos extranjeros se veía obligado a sumirse en un estado de samadhi. El estado de samadhi del buen doctor (una especie de trance que dominan los místicos hindúes y sus discípulos) probablemente era sólo sintético, ya que entraba en el edificio de aduanas con la apariencia de estar en un sueño, pero se desmoronaba con suma facilidad cuando los funcionarios le formulaban preguntas acerca de la naturaleza de ciertas píldoras y ampollas que el distinguido humanista llevaba escondidas en su maleta. Cuando ocurría esto último, el doctor Greaves salía inmediatamente de su

samadhi y penetraba en algo muy parecido a la histeria, pero Gewinner inclinaba el cuerpo sobre el mostrador de aduanas, y decía al funcionario de turno: «Mi tío es un santo varón a quien le queda muy poco tiempo de permanencia en este mundo, por favor no le excite.»

No, Gewinner no era un hombre frío, pero podía realizar actos que le afectaban profundamente y realizarlos con todas las apariencias de la serenidad. Precisamente por esto pudo entrar en el sendero que conducía hasta el parador «El Muchacho Alegre», y hacerlo con el mismo aire que si hubiera vivido allí toda la vida. El cadillac descapotable de Violet tenía tres bocinas de plata para anunciar su presencia entre los demás automóviles, y cada una de estas bocinas daba una distinta nota musical. Gewinner tocó las tres bocinas a la vez, y Billy Spangler las oyó. Inmediatamente, reconoció el cadillac color violeta de Violet Pearce, e inmediatamente advirtió que al volante iba un hombre joven a quien jamás había visto. Billy consideró que su deber era salir del parador para ver más de cerca a aquel joven con aspecto de adolescente. Apenas se le ocurrió este pensamiento, se puso en acción, cruzó la puerta y avanzó uno o dos pasos. En aquel instante, Gewinner examinó a Billy, mientras Billy le examinaba a él. Gewinner vio a un muchacho joven más apuesto que lo normal, de cuerpo seco salvo en los hombros, que tenían una musculatura tan desarrollada que parecían capaces de hacer estallar la nívea chaqueta del uniforme. Hacía un tiempo muy hermoso, y la figura de Billy Spangler parecía formar parte del tiempo. Sus ojos, dirigidos ahora hacia Gewinner, tenían expresión totalmente abierta, directa y franca. Parecía un hombre que jamás hubiera albergado un arriére-pensée, un joven que comenzaba a realizar los actos un segundo o dos antes de tener conciencia de que quería realizarlos, un hombre joven cuyas apariencias externas parecían reflejar el humor alegre y juguetón de su adolescencia.

La resplandeciente franqueza, tan armónica con el buen tiempo, que expresaba el aspecto externo de Billy no desarmó a Gewinner, ni mucho menos, no señor. En realidad, el modo de mirar y de sonreír de Billy tuvo la virtud de hacer chispear el sistema nervioso de Gewinner y de ponerlo en estado de incandescencia, porque le recordó varias realidades dolorosas, totalmente irreconciliables con su manera de ser. Y, en aquel preciso instante, se abrió la puerta del parador, y salió una camarera a tal velocidad que chocó contra la espalda de Billy, lo que la obligó a soltar una carcajada como un relincho. La camarera rebotó contra la puerta y exclamó:

-¡Maldita...! ¡Mil perdones!

Gewinner no prestó la menor atención a este pequeño accidente, sino que sacó un poco la cabeza por la ventanilla del automóvil de Violet, y se dirigió a Billy, a quien habló con la misma lentitud y precisión que hubiese empleado para intentar comunicarse con un niño retrasado mental:

-Quiero una taza de café solo, por favor, solo, sin leche, sin azúcar, sin tostadas y sin pastas.

-O.K.

Billy se volvió hacia la muchacha, que todavía estaba con la espalda pegada a la puerta, cual si la hubieran clavado a ella, y le dijo:

-¿Lo has comprendido, pequeña? En un suspiro, la chica contestó:

-Sí.

Y penetró corriendo en el parador. Billy miró al cielo, luego a derecha y a izquierda, y gritó:

-¡Hermoso día!

Gewinner prefirió no hacer comentarios al respecto.

Como un cohete, la muchacha volvió a salir del parador, con una bandeja de

aluminio en la que había una taza de café hirviente, ana jarrita de porcelana con leche, dos bolsitas de papel rizado con azúcar y un vaso de agua helada. Cuando la chica pasó junto a Billy, rozándole, emitió otro relincho histérico. Billy avanzó hacia el automóvil, siguiendo a la muchacha, con aire tranquilo y lento, sin dejar de observar las caderas de la chica enfundadas en unos pantalones ceñidos, de tela de gabardina de color café con leche muy claro. La chica llegó junto al automóvil y no pudo acoplar la bandeja al borde de la portezuela debido a que le temblaban los dedos, pero Billy, benévolo, se puso junto a ella y acopló la bandeja. Entonces, Billy bajó la vista al rostro de Gewinner, esbozó una interrogativa sonrisa y dijo:

-¿Este coche no es el nuevo cadillac de la esposa de míster Braden Pearce, amigo?

No lo dijo exactamente como si acusara a Gewinner de haber robado el automóvil, pero por su modo de hablar era evidente que Billy pertenecía al grupo de individuos que se hallaban bajo la protección de Braden. La primera reacción de desagrado que Gewinner experimentó hacia el propietario del parador fue reflejo del desagrado que sentía hacia su hermano. Gewinner fingió no haber oído la pregunta. Con toda frialdad hizo caso omiso de la mirada amablemente interrogante en los ojos de Billy, y se dirigió a la muchacha:

-¿Cuánto tiempo hace que se ha inaugurado este establecimiento?

La muchacha contestó nerviosamente, sintiendo las hostiles vibraciones que emanaban de Gewinner. Contestó con el fuerte acento del interior de la región. Tenía pecas, sus facciones eran demasiado pequeñas, llevaba demasiado maquillaje en los ojos y en los labios, pero los senos de la muchacha, bajo la blusa de seda de color café con leche, así como la plenitud de sus caderas, hicieron a Gewinner desagradablemente consciente de las razones por las que aquel joven macho cabrío que regentaba el parador había contratado los servicios de la chica.

-Creo que hace unos seis meses -respondió la camarera, y con mano temblorosa volvió a dejar en la bandeja el Vaso de agua helada, tras sacar de debajo la servilleta de papel y entregársela a Gewinner.

-Bien, pues, francamente, me parece lamentable que se ponga un establecimiento como éste en un barrio residencial.

Lo dijo con una voz tan temblona como la mano de la muchacha en el instante de volver a dejar el vaso de agua sobre la bandeja. La chica no contestó. Emitió un breve sonido gutural, dio media vuelta, y a toda velocidad emprendió el camino hacia el pequeño edificio de estilo colonial. Sin embargo, Billy Spangler había oído la observación de Gewinner con toda la claridad que éste había deseado, y no siguió a la muchacha al interior del edificio sino que se quedó allí, cómodamente apoyado en el guardabarros delantero del cadillac nuevo, dedicado a contemplar distraídamente las caderas de la muchacha que, en aquellos instantes, cruzaba la puerta. Después, devolvió su firme mirada al enrojecido rostro de Gewinner. Billy tardó cuanto le pareció oportuno en contestar el ataque de que Gewinner había hecho objeto a su establecimiento, y, cuando contestó, lo hizo en términos harto moderados:

-¿Qué hay de malo en el parador?

-Debiera estar en la carretera.

-Ya pensé en eso, pero en este emplazamiento resulta mucho más al alcance de todos los que trabajan en «El Proyecto».

Con la cabeza indicó el término de la calle en la que se alzaba la residencia de los Pearce, en dirección al lugar en que estaba situado «El Proyecto».

Una de las realidades que atormentaban a Gewinner consistía en que, cuando experimentaba sentimientos de intensa ira, se obnubilaba de tal manera que rara vez podía pensar a fin de responder con punzante eficacia las palabras que la habían

provocado. En estas ocasiones, hablaba con voz insegura. Y, algunas veces, incluso tartamudeaba, lo que le obligaba a callarse y a dejar que la sangre le hirviera en silencio. La ira que Gewinner sentía era, a veces, tan intensa que parecía anunciar un inmediato ataque epiléptico. En aquellos instantes, no podía sostener la mirada que Billy Spangler le dirigía, ni contestar a sus calmosas palabras, ni siquiera llevarse la taza de café a los labios. Quedó totalmente inmovilizado durante medio minuto o más, mientras Billy Spangler le miraba, apoyado en el guardabarros del cadillac. Lo único que podía hacer era dejar que su sangre hirviera, y mantener la vista fija en el humeante café, en tanto que Spangler seguía hablando, con voz tersa y tranquila, de las ventajas que la situación del parador ofrecía.

-Como usted sabrá, allá, en «El Proyecto», están haciendo algo verdaderamente gordo e importante. No sé, ni quiero saber, de qué se trata exactamente, y me parece que es mejor no sentir curiosidad al respecto, a no ser que uno trabaje en el asunto. Pero, por lo poco que he visto y oído, parece que la seguridad de este país depende de lo que se hace en «El Proyecto». Como es natural, en esta ciudad habrán de producirse algunos cambios que no gustarán a todos sus habitantes, cambios como la aparición de comercios en los lugares en que antes había viviendas particulares, humo en el aire, dificultades en encontrar piso, y los cines tan concurridos que será preciso hacer cola para comprar la entrada, y otra cola para llegar hasta la butaca. Pero la verdad es que, entre una cosa y otra, esta ciudad progresa muy aprisa, y los negocios prosperan que da gusto. Ahí tiene usted el caso de míster Pearce, que vive precisamente aquí delante. Tiene más cargos de los que se pueden contar, y no crea que son cargos así, normales, sino cargos de directivo máximo. El más importante es el de jefe de personal de «El Proyecto», pero, además, forma parte de todos los consejos de administración y juntas de la ciudad. Pero, a pesar de esto, es un tipo con quien todos podemos hablar. Todos los días se deja caer por aquí, aunque sólo sea para saludar a alguien, para estrecharle la mano y dedicarle una sonrisa. Y me consta que no tiene nada en contra del parador, es más, sé que le gusta. Y lo sé porque él mismo me lo dijo, y porque me arrendó el terreno en que se levanta el edificio.

Entonces, en este preciso instante, Gewinner actuó. De repente se sintió liberado de la presa que le mantenía inmóvil, puso la primera marcha, y salió disparado antes de que Billy Spangler tuviera tiempo de retirar el codo del guardabarros, de modo que Billy casi perdió el equilibrio, y fue golpeado por la bandeja de aluminio que todavía estaba acoplada al borde superior de la portezuela. Billy Spangler gritó: «¡ Jey...! » Y Gewinner le oyó correr por la grava del sendero como si intentara alcanzar al automóvil, pero Gewinner no miró hacia atrás, y ni siquiera se preocupó de quitar debidamente la bandeja de la portezuela, sino que se limitó a desembarazarse de ella mediante un tortazo, en el instante en que, sobre dos ruedas, tomaba la primera curva.

Como es natural, este incidente del parador de «El Muchacho Alegre» tuvo sus repercusiones.

Aquella noche, Braden acudió hecho una furia al reducido apartamento de Gewinner en la torre.

-Billy Spangler acaba de traer pollo y patatas fritas para Violet y para mí, y me ha dicho que le dolía el hombro. Le he preguntado qué le había pasado en el hombro, y me ha contestado que no quería decírmelo, pero, al fin, me lo ha dicho. Me ha dicho que hoy has ido al parador y que te has quejado de su emplazamiento, además le has golpeado con la bandeja al salir con el automóvil, y has arrojado la bandeja y los cacharros a la calle. Y ahora quiero que me expliques qué diablos significa esto.

Gewinner le contestó fríamente:

-Bueno, creo que el muchacho alegre te ha dado una información bastante

ajustada a la realidad del incidente de esta mañana, pero en cuanto se refiere al significado quizá se reduzca a expresar que mamá y tú no hubierais debido recortar mi presupuesto de viajes, sino mantenerlo al mismo nivel, o quizás aumentarlo.

Gewinner estaba de espaldas a su hermano, y se dedicaba a catalogar su amplia colección de discos, muchos de los cuales eran raras piezas de coleccionista.

-Bueno, pues ahora presta atención, Príncipe.

-Dime, dime.

-Escucha bien lo que voy a decirte, para tu propio bien. A esta ciudad no llega nadie, ni siquiera mi propio hermano, que no sea vigilado y debidamente clasificado por la comisión de seguridad de «El Proyecto». Con esto quiero decir que todos los tipos que vienen aquí, y que son desconocidos en la ciudad, son clasificados, mediante un nuevo sistema automático, en tres casillas, según el criterio de seguridad. Y estas casillas son «buenos», «dudosos» y «malos». El sistema automático y el jefe de seguridad comprueban una, dos y tres veces todos los datos de los recién llegados a la ciudad y sus alrededores. Y también quiero decirte otra cosa, para tu propio bien. Se está trabajando a toda velocidad para que se aprueben nuevas medidas legislativas que aislen a los inadaptados, y el verbo «aislar» significa varias cosas, ninguna de las cuales es agradable para el aislado, ¿sabes, Príncipe? Nos jugamos algo demasiado valioso, son demasiadas las cosas que dependen de nuestros actos, y lo digo a escala mundial, para que podamos permitirnos el tolerar la presencia de temperamentales inestables y de cursis con temperamento artístico, y, en consecuencia, voy a decirte lo que mañana te toca hacer. Cuando salga de casa para ir a «El Proyecto», te dejaré en el parador. Y tú entrarás y pedirás disculpas a Billy Spangler, y le estrecharás la mano, y le pagarás los cacharros que te cargaste, sí señor, esto es lo que harás mañana, y, entérate ya, desde este preciso instante, de que los tipos inadaptados como tú sólo existirán durante una corta temporada, hasta él momento en que nos sea posible desarraigarlos de una sociedad en constante avance. Pero, a pesar de esto, has de saber que en estos momentos abusas de un privilegio que es sólo de carácter temporal. ¿Comprendes lo que pretendo decirte?

Sin salir de su estado de perfecta frialdad, Gewinner repuso:

-Sí, lo comprendo muy bien. Sin embargo, me permito aconsejarte que procures ahorrarte la desagradable experiencia de tener a un hermano llamado Gewinner en estado de aislamiento legal, del modo que sea y cuando sea, por el sencillo método de llegar a un acuerdo con nuestra madre y concederme un presupuesto de gastos de viaje de la misma cuantía que el anterior. O quizás un poco más elevado, a fin de poder solucionar los problemas que plantea la inflación.

La contestación que Braden dio a esta propuesta fue de carácter obsceno, con lo que la conversación entre los dos hermanos quedó terminada, definitivamente acabada.

Aquella noche, mientras permanecía solo en su torre, Gewinner abrió la ventana, y estuvo allí, asomado, con el oído atento al constante murmullo de la actividad que se desarrollaba en «El Proyecto». El murmullo viajaba en el aire como el ronroneo de un gigantesco gato siempre insomne, siempre amenazadoramente agazapado.

Por primera vez en su vida, en tanto en cuanto recordaba, Gewinner pensó en el bien y en el mal. Tuvo la impresión de saber, de un modo abstracto, frío, qué era el bien y qué era el mal. Y también sabía a cuál de los dos conceptos debía servir, por estar especialmente dotado para ello, en el caso de que le fuera posible dedicarse a tal servicio.

En su interior sentía una vibración que era como una respuesta a aquella otra procedente de «El Proyecto».

Pensó: «Me porto como un tonto. Estoy aquí con el solo objeto de coaccionar a mi

madre y a Braden a fin de que vuelvan a asignarme un decente presupuesto de viajes. ¿Qué tiene que ver el mal, o el bien, con eso?»

Pero Gewinner siguió asomado a la ventana, sin dejar de estar consciente de las dos antagónicas vibraciones. «Mmmmmm», decía «El Proyecto». «Mmmmm», decía Gewinner. Tenía la impresión de que se trataba de un conflicto entre dos fuerzas de igual potencia, y esto le proporcionaba aquel tipo de fortaleza que, según se dice, el Hopi que danza descalzo sobre la tierra extrae del ardiente y oscuro núcleo central del planeta.

Billy Spangler era un chico muy moralista y no hubiera gozado con su trabajo, ni tampoco el éxito del parador le hubiera producido una satisfacción tan intensa, si no se las hubiera arreglado para llegar a creer que su establecimiento formaba parte, en su modestia, de «El Proyecto». Y, en cierto modo, así era. No cabía la menor duda de que la mayor parte de su comercio, la parte más importante del mismo, se debía a los clientes directamente relacionados con «El Proyecto», y, por otra parte, todos los habitantes de la ciudad, y cuanto había en la ciudad, estaban indirectamente relacionados con el Gran Establecimiento. Spangler administraba el parador igual que si dirigiera una sección de «El Proyecto», lo cual no le resultaba en modo alguno difícil, debido a que estaba lo bastante cerca del recinto de «El Proyecto» para percatarse de todas las señales que daba el intrincado sistema de timbres, y saber exactamente cuándo se efectuaban los relevos de los turnos de trabajadores. Aquel día, cuando llegaron los del turno de noche, a las ocho y media, Spangler mandaba a sus casas a dos de las camareras y se quedó con una sola, que trabajaría horas extras, y con el muchacho negro que transportaría en su bicicleta café caliente hasta los puestos de guardia, ya que quienes estaban en ellos preferían el café del parador de Billy Spangler, por cuanto el de la cantina de «El Proyecto» era tan malo que constituía constante motivo de chistes y todo género de bromas. Cuando los clientes querían pinchar a Billy le decían: «Esto parece café de la cantina.» Billy estaba orgulloso de su café. Le gustaba decir a la gente que él perdía dinero con el café, porque sólo se preocupaba de que fuera bueno de veras. A cada hora ordenaba que hicieran café, aunque en las grandes cafeteras eléctricas quedara aún gran cantidad del brebaje hecho en la hora precedente. Billy solía decir: «Tiro más café del que hacen todos los paradores que hay a lo largo de esta carretera. El café me cuesta dinero, sí, pero no me preocupa esto. A los muchachos que trabajan en «El Proyecto» quiero darles el mejor café que quepa hacer.»

Estas frases las decía tan de corazón y eran creídas tan a pies juntillas, que la jactancia de Billy Spangler resultaba tan graciosa como los ingenuos alardes de un chico de corta edad. Todos querían á Billy, le consideraban un tipo divertido y noblote. Sí, pero no intentéis tomarle el pelo, especialmente vosotros, los negros, porque el buen Billy lleva una carga de dinamita en el brazo izquierdo ese que tiene, vaya que sí, y, pese a que parece de cuerpo seco, tiene mucha más fuerza de la que aparenta cuando va vestido.

Billy había efectuado varios combates de lucha libre, como aficionado, en los espectáculos que la asociación de ex-combatientes organizaba, los domingos por la noche, en el antiguo edificio del Arsenal, que fue derruido para hacer otro mucho mayor. Y quienes le habían visto luchar no olvidaban el instante en que Billy se despojaba de la bata de seda púrpura, con la inscripción «El Parador de Billy» en la espalda, y, entonces, sopla, madre mía qué cuerpo, cuando lo vi me dieron ganas de chillar, palabra.

Aquel atardecer, Billy Spangler estaba solo en el parador, con la única compañía de la nueva camarera a la que llamaba Edna la Grande, no porque la chica fuera muy corpulenta, sino porque una de las otras dos camareras se llamaba también Edna, y era

tan pequeña que casi podía considerarse enana.

Esta Edna la Grande, era la chica campesina que había servido café a Gewinner Pearce aquella mañana, y la chica no había dejado de temblar nerviosamente desde el instante en que ocurrió la horrible escena. Cada dos por tres, se le ponían los ojos rojos, y se iba disimuladamente al lavabo, de donde regresaba pálida y con expresión decidida. Billy la trató muy amablemente. Se preguntó si la muchacha no estaría en los días malos del mes, ya que si no era así le parecía absurdo que la chica hubiera quedado tan temblorosa y alterada por el incidente de la mañana. Además, la escena en nada había afectado a la camarera, ya que fue un asunto entre él, Billy, y el excéntrico hermano de míster Braden, incidente que quedaría solventado mañana. Míster Pearce así se lo había dicho, y le había, además, ratificado que no tenía nada que objetar al parador ni a su dueño, y que todo le parecía perfecto, manifestaciones éstas que hizo de un modo tan caluroso que los dos hombres se abrazaron como una pareja de enamorados. Y, por su parte, Billy Spangler había asegurado repetidas veces a míster Braden Pearce que verdaderamente no había sufrido lesión alguna, que el incidente carecía de importancia para él, que quería olvidarlo, y que le dolía infinito haberle contado aquella tontería sin importancia. Ocurría tan sólo que le repugnaba la idea de que pudieran producirse roces entre el parador y aquella maravillosa familia que le había arrendado el terreno. Por el modo en que el automóvil de Braden Pearce penetró en la finca de los Pearce, Billy sabía que su amigo iba a armarle la gran bronca a aquel excéntrico hermano que vivía en la torre de piedra gris de la mansión.

Pero ahora, la nueva muchacha, Edna la Grande, seguía temblando a causa del pequeño incidente. Billy pensó que quizás hubiera sido mejor decir a Edna que se fuese a casa. Las camareras hacían horas extraordinarias por riguroso turno, y aquella noche le tocaba a Edna la Grande. Sin embargo, Billy creía que quizás hubiera debido tener en cuenta la extremada sensibilidad de la chica y prescindir de sus servicios en la presente ocasión. Billy se preguntaba cómo no se le había ocurrido mandar a la chica a su casa. Raro sería que entre el presente instante y la hora de cerrar el establecimiento, a medianoche, se presentaran más de dos clientes. Gewinner era una ciudad de gente seria (con la excepción de un par de tipos raros, como el hermano de Braden, quien a veces paseaba por las calles oscuras y desiertas, en el cadillac descapotable, hasta las tres o las cuatro de la madrugada, como si buscara plan), gente que se acostaba con las gallinas y se levantaba al alba. Estas eran las costumbres que los directivos de «El Proyecto» deseaban siguieran sus empleados y los familiares de sus empleados, y en más de una ocasión había ocurrido que uno de los empleados de «El Proyecto» fuera despedido, sin armar ruido, por el solo hecho de que se le hubiese visto por la ciudad, a altas horas de la noche, entre semana. «El Proyecto» merecía y obtenía la completa entrega de quienes trabajaban en él. Billy Spangler lo sabía muy bien, y nadie respetaba más que él esta realidad.

Billy Spangler tenía plena conciencia de los grandes cambios sociales que se avecinaban. Sentía la gloriosa y cálida oleada de aquel nuevo sentimiento religioso, ahora imperante, y contribuía cuanto podía a la erección de un nuevo centro metodista, que tendría piscina, pistas para jugar a badminton y un auditorio que parecería un aula de economía elevada a la suma glorificación. Las reformas eran algo magnífico, y Billy Spangler las había estado esperando durante largo tiempo. Fue preciso que se iniciara «El Proyecto» para que todos los habitantes de la ciudad se sintieran dominados por aquella sensación de entrega que les convertía en seres tan parecidos que semejaban células de un formidable y altanero gigante. Estaba bien ser así, y no cabía la menor duda de que la humanidad siempre había deseado

avanzar en este sentido. La última finalidad de «El Proyecto» estribaba en que

toda la población formada por los blancos del mundo tuviera iglesias como aquella que iba a levantarse bajo la paternal tutela de «El Centro». «El Centro» era una palabra nueva, como de una clave secreta, para denominar a «El Proyecto». Sí, en todo el mundo se levantarían iglesias como aquélla, tan pronto como los grandes nuevos principios quedasen firmemente arraigados, y todo el mundo tendría que aceptarlo y colaborar tal como Billy Spangler colaboraba. No, ya no habría más individuos molestos como el cursi del hermano de Braden Pearce. No los habría en este país, ni en otro alguno. Está muy bien hablar de tolerancia y de los derechos del individuo y de todas estas cosas, pero hay que establecer un límite en algún punto. Si a un hombre se le da demasiada cuerda termina ahorcándose con ella, y las comunidades dedicadas a los nuevos grandes principios tienen la obligación de cuidar de que cada cual tenga la cuerda suficiente para no sentirse preso, y que, al mismo tiempo, no tenga la cuerda bastante para tentar a los débiles y a los inestables a cometer excesos de género alguno.

El caso es que Billy Spangler estaba sentado sobre un extremo del mostrador, dedicado a contemplar a la nueva camarera, Edna la Grande, que estaba ocupada en colocar porciones de tarta de manzana, sobrantes del consumo de aquel día, en unas bandejas de cartón, a fin de devolverlas a la pastelería, para que las vendiesen con descuento y dieran la consiguiente participación a Spangler. Esta tarea exigía que la chica se inclinase un poco hacia delante, y cada vez que lo hacía se sonrojaba. Edna no llevaba la blusa prieta, pero no por ello dejaba de advertirse que tenía un busto mucho más opulento de lo que correspondía a su edad y estado. Pese a que Spangler nunca utilizaba palabras procaces, de vez en cuando recordaba las frases de que se servía en su rasgada adolescencia, y en aquel momento se le ocurrió una pertinente al busto de Edna. Sin dejar de mirarla, se repitió la frase. La chica carraspeó y se puso colorada antes de dirigirse a Spangler, igual que si hubiese oído las palabras que resonaban en la mente de éste. La chica le preguntó:

-¿Qué hago con estas bandejas?

Spangler le dijo que las dejara sobre el mostrador, y que el mozo de la pastelería las recogería el día siguiente, a primera hora de la mañana.

-¿Es esto todo, míster Spangler?

-Sí, puedes quitarte el uniforme si quieres, pequeña.

Se puso más colorada que en cualquier otra ocasión anterior y ejecutó un leve movimiento afirmativo con la cabeza. A continuación, se volvió de espaldas a Spangler y, con tímida torpeza, comenzó a buscar en el bolso la llave del lavabo de señoras, que era el lugar en que las camareras dejaban sus ropas cuando se ponían el uniforme. Cada una de las chicas tenía una llave, y solamente había tres llaves. Al parecer, Edna la Grande no encontraba la llave, y Spangler se daba cuenta de que se estaba poniendo nerviosísima mientras revolvía una y otra vez el contenido de su bolso, sin hallar lo que buscaba. El problema consistía en que en aquel bolso había demasiadas cosas. Edna las iba amontonando todas sobre el mostrador, y a Billy Spangler le faltó poco para echarse a reír al ver todo lo que la chica llevaba, todos aquellos objetos que parecían formar el muestrario completo de una perfumería barata, sin olvidar la pequeña botella de esencia. Billy se echó a reír a espaldas de la camarera, pero no apartó la vista de su espalda mientras la chica seguía la frenética búsqueda de la llave. Si aquellos ceñidos pantalones de tela de gabardina hubieran sido sólo un poco más estrechos, Edna la Grande no se los hubiera podido poner ni siquiera con calzador. Billy saltó del mostrador, o, mejor dicho, se dejó resbalar de él, se dirigió hacia Edna la Grande y le puso su manaza en el hombro, debido a que se había dado cuenta de que la chica lloraba de nuevo.

-Vamos, vamos, pequeña, deja ya de preocuparte por una tontería así. La llave está ahí dentro, y si no estuvieras tan nerviosa la encontrarías. Oye, vuelve a meter

dentro todo eso. Así, muy bien. Dame el bolso y tú ve al lavabo de hombres, lávate la carita, fúmate un cigarrillo y, cuando vuelvas, tendré la llave en la palma de la mano.

Billy no tenía la menor intención de permitir que su mano resbalara por la espalda de la muchacha, pero a veces las manos hacen movimientos que no están planeados previamente. Y ocurrió exactamente esto. La mano resbaló por la espalda de Edna, y Billy sintió en la palma un calor que se transmitió a su propio cuerpo. En aquel instante, fue él quien se sintió inhibido e incómodo. Se ruborizó, dio media vuelta y regresó al extremo del mostrador, con el repleto bolso en la mano, mientras la chica permanecía inmóvil como si hubiera echado raíces en el instante en que la mano rebelde había cometido aquella inadmisible grosería. La mano de Billy Spangler había conculcado segundos antes una de sus más firmes normas de conducta, según la cual uno jamás debe aprovecharse de las oportunidades que pueda ofrecer un empleado del género femenino.

En defensa de Billy debemos decir que era un soltero de veintisiete años y que había observado castidad desde hacía varias semanas, desde el día en que la comisión de relaciones públicas de «El Proyecto» había regalado a la pequeña Eula Mayberry el billete de ferrocarril preciso para que regresase a casa. Eula era la última superviviente de la otrora próspera industria de la prostitución, industria que, a su vez, era una de las cosas que «El Proyecto» había eliminado, a fin de que la población estuviese a la altura de los Grandes Nuevos Principios de los cuales «El Proyecto» era «El Centro». Billy proyectaba contraer matrimonio tan pronto encontrara la chica adecuada, pero, entre tanto, no quería correr los riesgos de liarse con una chica inadecuada, porque no hay nada que sea tan perjudicial para la vida de un hombre como un matrimonio imprudente. En el curso de su vida, había tenido sobradas ocasiones de comprobar la gran atracción que ejercía en las malas mujeres, y Billy creía que sólo había dos clases de mujeres, a saber, las buenas y las malas. Pero parecía que fuesen siempre las malas las que se interesaran más por él. Parecía que Billy no podía acercarse a una mujer de este tipo sin que ésta le pusiera la mano encima o le provocara.

Pues bien, con él no tenían nada que hacer. Billy era hombre ambicioso y una de sus ambiciones era la de contraer matrimonio. Estaba firmemente dispuesto a encontrar una buena chica de un nivel social claramente superior al suyo. Quizá tuviera que esperar cuatro o cinco años. Quizá no pudiera contraer matrimonio hasta después de haber abierto dos o tres tiendas más, y hasta que fuera, sin la menor duda, un joven destacado en las esferas comerciales y sociales. Sin embargo, estaba absolutamente seguro de que todo ocurriría tal como él planeaba. Entretanto, lo que le hacía falta era paciencia y fortaleza espartana. Y, dicho sea incidentalmente, de vez en cuando no le quedaba más remedio que arreglárselas sólito una vez a la semana, para evitar problemas. Aquella noche le tocaba practicar aquel pequeño acto de humildad melancólica, lo cual le proporcionaba una dulce sensación de tristeza, ya que no ignoraba que era mucho más dulce y sentaba mucho mejor hacer otras cosas, cosas que tenía magníficas oportunidades para realizar. Sin embargo, «El Proyecto» exigía hombres con temple de acero. Y Billy se consideraba a sí mismo como parte de «El Proyecto». Ciertamente su función en «El Proyecto» era muy humilde, pero tampoco cabía duda de que, mediante la humildad, la obediencia y un espartano dominio de sí mismo, seguiría avanzando por el recto camino hasta llegar a una posición mucho más alta y mucho más cercana a «El Centro» que esta en la que ahora se encontraba.

Billy Spangler no podía mantener la atención fija en la tarea que se había propuesto, que no era otra que la de buscar la llave perdida en el bolso de la muchacha. Muy lentamente iba sacando uno a uno los objetos contenidos en el bolso, pero, incluso en el caso de que hubiese encontrado la llave, es muy dudoso que Billy se hubiera dado

cuenta de ello. En realidad no hacía otra cosa que escuchar. Escuchaba los ruidos que hacía la muchacha en el lavabo. Y, por los ruidos, Billy imaginaba los actos de la chica. Pensó que en el lavabo de hombres la muchacha no disponía de los elementos que había en el lavabo de señoras. Billy seguía escuchando. No podía evitarlo. Estaba allí, en pie, con el polvoriento y perfumado bolso en la mano.

De repente, Billy se dirigió hacia la puerta del lavabo de hombres, y, como si una gran corriente de aire o de agua le empujara, abrió la puerta, entró y se encontró a la chica tal como su certera intuición le había dicho.

En la mañana siguiente, Billy Spangler despidió a Edna. Había comprendido clarísimamente que Edna la Grande era una mala chica. Billy jamás creyó que Edna hubiera perdido verdaderamente la llave. No, aquello fue un cuento. Edna era una chica campesina, pero sabía muy bien lo que se traía entre manos cuando fingió estar nerviosa, y Billy se decía que ni siquiera en el caso de que viviese mil años volvería a caer en la horrible degradación en que había caído. Billy se portó generosamente. No, él no era tacaño. Pese a que la muchacha tan sólo había trabajado tres días y una noche, la indemnizó con la paga de una semana, e incluso le preguntó si aquel dinero sería suficiente para regresar al pueblo perdido entre las colinas, del que había llegado la semana antes. Se despidió de ella muy amablemente e incluso le estrechó la mano, diciéndole:

-Pequeña, lo que tienes que hacer tan pronto llegues es tener una buena conversación con el ministro de tu iglesia. Cuéntale tus problemas. Cuando la parte animal de la naturaleza te tiente, busca siempre a un hombre con la mente iluminada por la luz del Señor.

Le dijo esto con toda sinceridad y dulzura, porque Billy Spangler comprendía perfectamente que el culpable del terrible acontecimiento era el diablo que la chica llevaba en el cuerpo, Era la parte animal de la naturaleza de la chica, y no la suya, la de Billy, ni tampoco ninguna otra parte de su naturaleza, animal o no, ya que a Billy le constaba muy bien que seis años atrás un capellán del ejército le había convertido, en la selva de Wangtsee, a la verdadera fe.

Cuando Billy dejó el teléfono después de encargar la publicación de un anuncio solicitando una nueva camarera, en el Courier-Times, vio a un hombre alto y joven que había penetrado en el parador mientras él estaba de espaldas a la puerta, y que se había sentado en un taburete. El individuo era Gewinner Pearce, el mismo que había provocado el incidente del día anterior.

Los dos hombres se miraron. Billy se dio cuenta de que su rostro adquiría una expresión tan fría y severa como la del hombre sentado ante el mostrador, y no se esforzó en cambiar este gesto duro, debido a que creía que era el que las circunstancias imponían. Sin embargo, no olvidó que aquel tipo tenía la calidad, por lo menos nominalmente, de ser miembro de la familia Pearce, es decir, un miembro de la familia que le había arrendado el terreno en el que él había construido el parador. Fuera, Billy vio el automóvil de Braden Pearce, parado, y al fornido hermano menor de Gewinner sentado al volante. Junto al automóvil había dos policías motorizados. Billy sabía ya lo que había ocurrido. Braden Pearce había obligado a su hermano a acudir al parador, para pedirle disculpas por lo ocurrido. Braden había arrastrado literalmente a su hermano, para que se excusara y reparase el daño causado. En consecuencia, Billy Spangler relajó un poco la expresión de su rostro, se sentó al lado de Gewinner, y ordenó a la chica tras el mostrador que le sirviera café.

Entonces, dio un cuarto de vuelta y dijo a Gewinner:

-Bueno, amigo mío, espero que hoy el café le guste más de lo que le gustó ayer por la mañana.

Con airosos movimientos, se quitó la chaqueta, se remangó la camisa de blanco popelín y exhibió una marca purpúrea en la piel que cubría el bíceps, rastro del golpe que le había dado la bandeja en el momento en que el automóvil se puso en marcha. Billy se limitó a mostrar el cardenal, sin dejar de mirar el rostro del otro hombre, que todavía no había hablado, ni modificado su rígida expresión.

-Bien, no puedo sentir rencor hacia ningún miembro de la familia a la que usted pertenece, y jamás se producirá el menor roce en tanto su hermano, Braden, y yo tengamos voz y voto. Supongo que usted ha venido a verme para pedirme excusas. Pero quiero que sepa que no las quiero. Lo único que deseo es que se esté aquí un momento, que tome su café, y que deje diez centavos de propina para la chica.

Tras este benévolo parlamento, Billy levantó las manos del taburete de blanca cerámica, y se encaminó hacia el exterior, donde brillaba el sol, con la intención de estrechar la mano de Braden Pearce. Pero incluso antes de que hubiese terminado el inicio de su fácil avance, Billy oyó el sonido que acompaña al acto de escupir. Todavía no había terminado de dar media vuelta sobre sí mismo, cuando Billy ya sabía lo ocurrido. Gewinner Pearce había escupido sobre el café. Billy había percibido el movimiento de avance de la cabeza de Gewinner, parecido al que hacen a veces las víboras, y también vio la expresión sorprendida que se dibujaba en el rostro de Edna la Pequeña, todo al mismo tiempo en que oía el sonido del escupitajo. Billy quedó inmóvil. Se quedó como una estatua, medio mirando hacia el automóvil de Braden Pearce y medio contemplando la encorvada silueta del hermano de Braden. Mientras Billy permanecía inmóvil, Gewinner se sacó la cartera. Dejó sobre el mostrador un billete de cien dólares, y dijo tranquilamente:

-Yo no soy de esos que dejan propinas de diez centavos.

Casi inmediatamente después de haber hecho esta manifestación, en realidad cuando todavía tenía las palabras en los labios, Gewinner pasó junto a Billy Spangler, en su camino hacia la puerta. La suave superficie de la manga del abrigo de claro color tostado de Gewinner, rozó el brazo desnudo de Billy, que le vio penetrar en el sendero y cruzar rápidamente la calle, sin siquiera dirigir una mirada al automóvil de Braden Pearce.

Al parecer, sólo dos personas, además de Gewinner, sabían que éste no sólo no había pedido disculpas, sino que había escupido en la taza de café. Edna la Pequeña lo sabía; y Billy Spangler lo sabía. Estos dos se miraron. La expresión de Edna la Pequeña era tensa y asustada en los momentos en que cogió un trapo húmedo y limpió el mostrador. En cuanto a Billy Spangler, debemos decir que por primera vez en su vida de hombre adulto había experimentado miedo y una angustia fría y profunda que le penetraba hasta el fondo de sus jóvenes y cálidas tripas y las enfriaba y, al mismo tiempo, experimentó también un poco de pasmo y de repulsión.

Braden gritó dirigiéndose a Gewinner:

-¡Príncipe!

Pero Gewinner no le hizo el menor caso, y siguió su camino. Entonces, Braden gritó:

-¡Billy!

Billy salió del parador igual que un hombre que tambaleándose surge de un edificio bombardeado, en estado de conmoción cerebral o de shock nervioso. Salió con las mandíbulas entreabiertas, y sus ojos azules de niño de teta parecían mirar sin ver.

-¿Qué ha ocurrido? ¿Te ha pedido disculpas este imbécil? Quiero que me digas la verdad.

Pero Billy, sin saber por qué, fue incapaz de dar una veraz relación del extraño acontecimiento ocurrido en el interior del parador. Tan sólo pudo sacudir la cabeza

afirmativamente, y levantar la mano como si saludara o diese la bendición a alguien.

-¡O.K.! -gritó Braden.

Y su automóvil, con carrocería a prueba dé balas, se puso en marcha precedido por los dos policías motorizados, con las sirenas funcionando a todo volumen, y llegó a «El Proyecto», antes de que Gewinner llegase al fingido puente levadizo que daba entrada al castillo de los Pearce.

Gewinner supuso que aquella noche tendría que ser protagonista de otra escena violenta con su hermano, y consideró que daría una buena prueba de audacia si bajaba a las estancias del piso inferior por propia voluntad. Sin embargo, aquella noche, Braden y mamá Pearce se habían ido en helicóptero al Capitolio del Estado, a fin de hacer acto de presencia junto al lecho de muerte del gobernador, quien había sido víctima de un imprevisto atentado a tiro limpio, mientras ponía la primera piedra del edificio de la «Misión de Confianza en lo Absoluto».

En el gran vestíbulo del primer piso, el mayordomo informó a Gewinner de todo lo anterior. Entonces, Gewinner concluyó en voz alta:

-Pues así no hay nadie.

Oyó la voz de Violet:

-Sí, yo, en la sala de juego.

La encontró allí, ante un enorme mezclador de cristal, con una larga cuchara de plata en la mano, ocupada en revolver una gran cantidad de cócteles destinados al consumo de una sola persona, a saber, ella.

Con carácter totalmente superfluo, Violet dijo:

-No he ido con Braden y mamá Pearce.

-¿A no? ¿Y por qué no?

-Porque el helicóptero me marea, y cuando bajo soy incapaz de caminar sin tambalearme. Me parece que los helicópteros no son el más adecuado medio de locomoción para mí. ¿Tomas un martin?

-¿Qué es eso? ¿Una variante del martini?

-Es todo un cargamento de martinis ligados entre sí por un buen chorro de absenta. Ya sabes que la absenta está prohibida en este país, pero aquel vejete tan simpático, el senador Connor, consiguió pasar una botella por las aduanas gracias a ponerle una etiqueta de ron, cuando regresó de sostener conversaciones con el general Amados, en Río de Janeiro, pocos días antes de que tuviera su último ataque de apoplejía en Las Vegas.

Violet dijo todo lo anterior tan deprisa y con acentos tan optimistas que parecía trazase planes para las próximas navidades. Y Gewinner se dio cuenta de que ante su cuñada se sentía extremadamente cómodo.

-¿Te molesta que me quite la chaqueta del smoking?

-Por mí, puedes quitarte todo lo que llevas.

Mientras se quitaba la chaqueta del smoking, Gewinner dijo:

-A tanto no llegaré.

Violet siguió enfriando los cócteles, y Gewinner hizo un comentario referente a la excesivamente alta temperatura en el interior del castillo.

-¿Sabes por qué siempre hace tanta calor aquí dentro? Porque mamá Pearce tiene anemia y el control del termostato.

Violet repuso:

-¡Ya lo sabía! ¡Qué monada, mamá Pearce! Se pasa el día yendo de un lado para otro con su jersey de angora como si hiciera frío, y siempre que puede eleva un grado más la temperatura.

-Quizá quiera matarnos a sudores. Violet se mostró de acuerdo:

-No deja de ser una hipótesis verosímil.

La frase siguiente de Violet tuvo carácter de non sequitur. Y luego dijo:

-En esta habitación no hay micrófonos escondidos. En la biblioteca, en el comedor y en el invernadero, sí, hay. En esta habitación los había, pero parece que los aparatos de grabación sufrieron una avería pocos minutos después de que Braden y mamá Pearce salieran de casa, ce soir.

-¿Estás segura?

-Segurísima porque yo misma me ocupé de cargármelos, así es que podemos hablar del tema que nos dé la gana.

-¿Es que quieres hablar de algún tema determinado conmigo?

Violet, en vez de contestar la pregunta, dijo:

-Discúlpame un instante.

Se dirigió a la ventana y la abrió para dejar entrar a una paloma que llevaba un papel unido, mediante un aro de goma, a la pata. Violet se apoderó del papel y le dirigió una rápida ojeada, mientras la paloma esperaba, nerviosa o inquieta, sobre la mesa de billar.

Un sexto sentido aconsejó a Gewinner que más le valía fingir no ver lo que estaba ocurriendo ante él.

-Mmm... -dijo Violet.

A continuación, estrujó el papel formando una bolita, la arrojó al vaso de cóctel y bebió. Luego, arrancó una hoja de un bloc que había en el bar y garrapateó unas palabras en ella. Dirigiéndose a la paloma, emitió un silbido. La paloma voló al mostrador del bar, y levantó una pata ofreciéndola a Violet para que ésta pusiera en ella el mensaje de contestación, sujeto por la anilla de goma.

Todo esto ocurrió como si tal cosa, y antes de que hubiera transcurrido un minuto, la paloma ya volaba más allá de la ventana.

Violet no parecía borracha, sino sólo alegre.

-No sé cómo es posible que mamá Pearce imagine que soy tan estúpida como para no darme cuenta de que intenta emparejar a tu hermano con Babe. Mis deseos de renunciar a Braden en favor de Babe son tales que si yo fuese juez municipal o ministro de la iglesia tendría sumo gusto en unirles en matrimonio. Sin embargo, no me queda más remedio que seguir en el castillo durante una temporadita, en espera de que me designen para ocupar estos cargos.

-Violet, eres una chica muy rara.

-Muchas gracias, tú también. Perdón, no quería decir que eres una chica, sólo quería decir que eres raro.

-¿De dónde eres?

La respuesta de Violet fue un tanto enigmática:

-De hace mucho tiempo. Y Violet siguió hablando:

-Hacer gimnasia por la noche da a la piel de mi cuerpo calidad de orquídea, y me divierte pensar que cuando Braden sucumba a los encantos de Babe, será él quien tenga piel con calidad de orquídea, porque me parece que Babe, con su afición a bailar stomp y todo lo demás, tiene una personalidad que sólo puede compararse a la que resultaría de condensar todo un equipo de rugby en una sola persona. ¿A qué se debe que contigo pueda hablar tan libremente?

-Quizás a que en esta habitación no hay micrófonos.

-No, nada de eso. Me parece que se debe a que eres un ser extraño, un tipo distinto, alguien que no pertenece a este mundo.

--Muchas gracias. ¿Puedo preguntarte qué significa lo de la paloma?

-Claro que sí. Tengo una vieja compañera de escuela, llamada Gladys, que cree

que el método más fácil y discreto para intercambiar mensajes consiste en utilizar palomas mensajeras. ¿Quieres que Gladys te mande un mensaje?

-¿Qué clase de mensaje?

-Ya se le ocurrirá algo.

En aquel momento se oyó un terrible estruendo en el vestíbulo, la intensidad del estruendo fue en aumento y llegó a su apogeo en el instante en que una niña de corta

edad, insólitamente gorda, entró saltando o botando, o ambas cosas a la vez, en la sala de juego, y comenzó a gritar, dirigiéndose a Violet:

-¡Mamá Violet bebe demasiado! ¡Mamá Violet bebe demasiado!

-Este es asunto de mamá Violet y no tuyo, monada.

La niña sacó la lengua a su madre y, después, en rápida sucesión, a Gewinner, y acto seguido echó a correr hacia la máquina tragaperras que, como premio, proporcionaba pastillas de goma. La niña sacó premio al primer intento, y aulló de satisfacción como si no estuviera en sus cabales.

-¿Cómo se llama esta extraña criatura? -preguntó Gewinner.

-No me acuerdo, lo único que recuerdo es que cuando la vi por primera vez me dio un ataque de hipo, y que la considero desde entonces mi más preciada posesión en la tierra.

-Niña, si te gustan los dulces ve corriendo a la torre y busca una gran caja que allí hay. Está llena de bombones de chocolate, marrons glacés, mazapán y peladillas aromatizadas con estricnina.

La niña chilló:

-¡Ole, ole!

Y, habiendo comprendido la palabra «dulces», no se preocupó de averiguar el significado de las extrañas palabras pronunciadas por Gewinner. Salió disparada en dirección a la torre.

Violet habló de «El Proyecto» a Gewinner.

Al parecer, una noche, Braden se dejó llevar por su tendencia a presumir, y alardeó ante Violet de que no tardaría en llegar el momento en que sería posible dominar y poseer todo el planeta, por el simple medio de oprimir un botón conectado a un cable. Bastaba con oprimir el pulsador conectado al cable para que la maldita cosa esa que es la tierra volara hecha añicos o cayera bajo el absoluto dominio de «El Proyecto». Y él, dijo Braden, sería el encargado de pulsar el botón, en el instante en que el delicado e intrincado mecanismo de todos los artilugios quedara totalmente a punto de funcionamiento.

Con acentos meditativos, Gewinner dijo:

-Sí, pero supón que Braden pulsara el botón, y que alguien se hubiera encargado antes de cortar el cable.

-Te adoro, Gewinner, y veo que adoras a tu hermano tanto como yo.

-Sí, confieso que me gustaría mucho estar presente en el momento en que apretara el botón, y su perceptiva inteligencia comprendiese que alguien había cortado el cable.

En el pueblo de Gewinner, ahora convertido en ciudad, jamás hubo una ráfaga de miedo colectivo ante la posible presencia de espías. Jamás hubo tal período, porque el miedo era constante. Era un estado permanente. El miedo a los espías atormentaba a las gentes de «El Proyecto» y a las de la ciudad, del mismo modo que el miedo a las enfermedades atormenta a los viejos. Nadie podía relacionarse con «El Proyecto», sin ser sometido a una investigación personal. Y, probablemente, nadie podía permanecer en la ciudad, sin ser secretamente vigilado o sometido a investigación. Nadie ignoraba que la ciudad estaba plagada de policías vestidos de paisano. En méritos de las iniciales de las palabras «policía» y «paisano» la gente les llamaba PePes, y si uno veía a un

desconocido en una esquina, esforzándose en adoptar aire de inocencia y despreocupación, podía tener la plena seguridad de que se trataba de uno de estos PePes, y si el individuo en cuestión le miraba a uno, uno sentía un escalofrío en las tripas.

La angustia era la enfermedad profesional de los empleados de «El Proyecto». En el interior del recinto había un sanatorio especializado en enfermedades mentales y nerviosas, y todo un equipo de psiquiatras. Desde luego, tan pronto un empleado daba muestras de padecer graves perturbaciones nerviosas, no quedaba más remedio que dejarle en libertad, pero sólo Dios sabe cuántos de aquellos hombres llevaban dentro, bajo los uniformes a prueba de radiaciones y los cascos con que se protegían la cabeza, las bestias del terror y de la angustia, en trance de transformarse en la de una psicosis de la que las propias víctimas no se atrevían a hablar. Los médicos de «El Proyecto» paseaban con las manos enlazadas a la espalda, en espera de los enfermos que temían acudir a ellos. Y hasta el instante en que alguien padecía un ataque de nervios, con convulsiones y aullidos, no se descubría la presencia de la enfermedad, pero, entonces, ya era demasiado tarde. Se sacaba al paciente de «El Proyecto», se le echaba de la ciudad, y se le mandaba a un establecimiento de readaptación psíquica denominado «Valle de la Tranquilidad». Este lugar no gozaba de buena reputación entre los empelados de «El Proyecto». Circulaban desagradables rumores a su respecto, rumores referentes al destino de aquellos que, después de ser enviados allí, dejaban de dar señales de vida, por lo menos tras expedir una primera postal, histéricamente alegre, en la que decían: «¡Este lugar es la gloria!» Tales rumores jamás fueron totalmente confirmados. Pero debemos recordar que incluso el correo dirigido a la ciudad de Gewinner era objeto de vigilancia, llevada a cabo por un equipo de empleados de correos, especializados en estos asuntos. No, el correo no se abría, sino que era examinado mediante una máquina que expedía unos rayos como fluorescentes. Todas las cartas y todos los paquetes que llegaban a la ciudad eran objeto de escrutinio. Lo único que se sabía de cierto era que la primera postal (remitida por el empleado enviado al «Valle de la Tranquilidad») era también la última. Si los amigos del empleado pedían noticias de éste al establecimiento de readaptación, recibían una carta impresa, exactamente al cabo de cinco días de haber remitido la suya, en la que se les decía que Fulano de Tal se había recuperado tan aprisa que había sido enviado a «Rancho Alegre», lugar situado en el sudoeste, aunque nadie sabía exactamente dónde.

También debemos decir que los empleados de «El Proyecto» eran individuos extremadamente activos y ocupados, por lo que no les quedaba tiempo para dedicarlo a la meditación. Estos individuos habían sido elegidos en méritos de su escasa tendencia a la introversión, y, en caso de que sintieran cierta propensión a ella, más les valía siempre no demostrarlo pública o privadamente. Los trabajadores de «El Proyecto» recibían salarios muy superiores a los de los restantes trabajadores del país, cualificados o no, especialmente desde que el Congreso votó una ley en la que se disolvían los sindicatos laborales. Vivían en casas especialmente construidas para ellos, por las que pagaban un alquiler mínimo, y, al cumplir los cuarenta y cinco años, eran jubilados, percibiendo una pensión harto decente, y pasando a residir en ciertas comunidades segregadas, llamadas «Tierras del Arco Iris» y «Colinas y Valles del Pájaro Azul», en las que todos los habitantes tenían aproximadamente la misma edad, y donde todos, desde el encargado de las pompas fúnebres hasta el barbero, eran funcionarios del estado, y donde todas las facturas eran remitidas al tío «Patillas», para su pago.

«¡En Gewinner, uno no tiene que preocuparse de nada!» Sí, ésta era la exclamación que salía de todos los labios. No, no había el menor motivo para atormentarse, allí. Con llevar un traje a prueba de radiaciones y con lucir una sonrisa de felicidad, se estaba al cabo de la calle. En la ciudad se había prohibido que se tocara

música de blues, y el gobierno había fundado el «Centro de la Canción Feliz», donde un equipo de compositores se dedicaba a componer baladas ligeras. En éstas no se encontraba ni una sola letrilla que no hablara de los cielos esplendentes, sol, sonrisas y bellos pajaritos. Los discos en que se habían grabado estas canciones estaban en todos los tocadiscos públicos, y en los programas de radio no se difundía otra cosa.

Pero, tal como he dicho, había algo de lo qué nadie hablaba, pero en lo que todos pensaban en secreto, y era la amenaza de los espías. Este pensamiento impedía la cordialidad y franqueza de las relaciones entre los diversos miembros de la comunidad que trabajaba en «El Proyecto». Al fin y al cabo, uno nunca sabe con quién trata... Por simpaticón y buenazo que pareciera un tipo, siempre cabía la posibilidad de que fuera del servicio de contra-espionaje, dedicado a tomar nota de todo, y a mandar las notas a los L archivos de aquella oficina en el cristal opaco de cuya puerta había un gran ojo azul, muy abierto, pintado, y nada más.

Nadie tenía más clara conciencia que Billy Spangler de la amenaza que representaban los espías, y siempre que interrogaba a una candidata al empleo de camarera en el parador, Billy se servía, con terrible concentración, de sus intuitivos poderes para descubrir espías. Billy creía que estaba especialmente dotado para esto, tenía la certeza de que gozaba de especiales aptitudes, de un instinto innato, para llegar a conocer el modo de ser de la gente. No, no se trataba de conocimientos científicos o de algo por el estilo, sino de natural sensibilidad.

Aquella mañana, que era precisamente aquella en que Gewinner Pearce había escupido en el café, allí, en el parador, y en que los periódicos publicaron un anuncio en el que Billy solicitaba una camarera, éste se dedicó a interrogar a las diversas muchachas, todas ellas de menos de veinte años, que habían acudido para ver si conseguían el empleo. Por razones comerciales, Billy quería que la chica fuera activa, eficaz y bien parecida. «Agraciada» fue la palabra que Billy empleó en el anuncio. «Se solicita chica camarera agraciada. Experiencia previa menos importante que la formación y el carácter.»

Lógicamente, debemos preguntarnos por qué razón Billy puso «chica camarera», en vez de camarera, en el anuncio. Para aclarar esta incógnita, debemos decir que la palabra «chica» estaba casi constantemente en el corazón de Billy.

Chica, chica, chica. Esta palabra le obsesionaba todavía más que la idea de la presencia de espías y contra-espías en «El Proyecto» y en la ciudad.

A veces, cuando Billy tenía la cabeza totalmente huera de pensamientos -y estas veces no eran raras, ya que Billy Spangler no era hombre de tendencias intelectuales-, la palabra antes dicha surgía como por ensalmo en su caletre, sin necesidad de que se dieran previas asociaciones. Aparecía así, sin más: ¡Chica! ¡Chica! Entonces, Billy musitaba la palabra para sí, y se le llenaba la boca de saliva. A continuación, procuraba reprimirse. Lanzaba una rápida ojeada alrededor, y se tragaba la saliva. Se sentía profundamente conturbado, e iba a sentarse detrás del mostrador o de la caja hasta recobrar el dominio de sí mismo. Bien, el caso es que en los periódicos apareció el anuncio solicitando una chica camarera, y al parador acudieron diez o doce chicas, casi todas en edad de estudiar secundaria, o un poco mayores, y en su mayoría hijas de empleados de «El Proyecto».

En el interrogatorio a que Billy Spangler sometía a las candidatas había dos preguntas clave. Primera: ¿Qué opina usted de Gloria Butterfield? Así se llamaba una famosa espía que «El Ojo» descubrió en «El Proyecto», en el preciso instante en que Gloria Butterfield se disponía a entregar unos planos a agentes enemigos en una ciudad cercana. Estos agentes eran dos ancianas y un anciano que se fingían parientes de la espía, uno de los cuales también fingía padecer una penosa enfermedad. Naturalmente,

enchiqueraron deprisa a la cuadrilla en cuestión. Fue un asunto llevado casi en silencio, no se celebró juicio público, y los periódicos publicaron noticias muy escuetas, pero, como es natural, se habló mucho del caso, en conversaciones sostenidas a cuchicheos, y nunca hubo un mentís oficial de los rumores, según los cuales Gloria Butterfield y sus cómplices tuvieron un fin especialmente doloroso, mucho más divertido y espectacular que el de la simple pena capital.

No, no se disparó ni un tiro, y tampoco se utilizó la cuerda. Pero algo había de lo que todos podían estar seguros. Nadie volvería a ver el rostro de Gloria Butterfield, en este mundo.

De esta manera, con lenta y sentenciosa entonación, hablaba Billy Spangler del caso de Gloria Butterfield. Causaba la impresión de estar más enterado que cualquier otra persona. Cuando salía a colación el tema, siempre se hacía referencia a alguna frase dicha por Billy. Era el especialista no oficial del asunto. La pública opinión aseguraba que sabía mucho más de lo que confesaba. El caso de Gloria Butterfield, y las herméticas y pomposas frases de Billy al respecto, dieron a éste gran prestigio en cuanto a oráculo, en materia de espionaje.

Hasta aquí, lo concerniente a la pregunta número uno. Si la chica la contestaba satisfactoriamente, es decir, si manifestaba una opinión correctamente adversa a Gloria Butterfield, y suficientemente entusiasta del desconocido pero radical modo en que había sido puesta fuera de la circulación (según se decía), Billy Spangler formulaba la segunda pregunta, la cual era muy sencilla: ¿Qué opina del amor? Por lo general, las chicas se sentían un tanto aliviadas cuando Billy les formulaba tal pregunta, y Billy también respiraba más a gusto al formularla. Entonces, Billy sonreía exhibiendo sus blancos dientes, unos dientes tan perfectos que parecían la más hermosa de las dentaduras postizas, aun cuando no dejaba de advertirse con toda claridad que aquellos dientes estaban clavados en aquellas saludables y rosáceas encías por obra y gracia de la madre naturaleza. Billy no sólo exhibía sus hermosos dientes y encías, al formular dicha pregunta, sino que también abría la boca lo suficiente para exhibir el interior de aquella cavidad color coral, a la que la saliva daba destellos propios de una cueva coralífera, rítmicamente humedecida por el ir y venir de las olas. Uno veía la lengua de Billy Spangler, una lengua de color de rosa, más bien pequeña, un poco más oscura que las encías, con la punta prácticamente carmesí, y de superficie tan fina que apenas se notaba la presencia de papilas. Tan perfecta era aquella lengua que parecía una obra de arte en rosa y carmesí. Por esto, cuando Billy Spangler abría la boca, sonreía y dejaba que la lengua le colgase un poco, después de formular su astuta pregunta, las chicas emitían carcajaditas de pura alegría, sabedoras de que la parte más grave de la entrevista había ya tocado a su fin. Sin embargo, en aquellos instantes Billy Spangler estaba aún en trance de examinar a la chica. Pese a que la pregunta parecía ser inocente y a que la formulaba con cierto aire juguetón, si la chica daba una respuesta poco satisfactoria para Billy, éste terminaba tajantemente la entrevista, y calificaba muy mal, por cierto, a la candidata. Para Billy Spangler, lo que las chicas pensaran del amor era algo muy serio. No quería tener en el parador a una muchacha que pensara demasiado en el amor, ni tampoco a otra que sintiera neurótica antipatía hacia tal sentimiento. Quería que las chicas demostraran una actitud saludable y gozosa hacia el amor como valor abstracto, una actitud parecida a la que un muchacho considera es la que debe adoptar su madre, por ejemplo. Billy esperaba una actitud limpia y franca hacia el amor, como realidad abstracta. Y si, después de formular esta pregunta, la chica se quedaba cohibida, Billy sabía muy bien que algo funcionaba mal en la muchacha, y le decía: «Lo siento mucho. Que pase la siguiente.»

Aquella mañana, Billy Spangler estaba un poco preocupado por el modo en que

todo ocurría, así, en general. En realidad, se encontraba disgustado desde el momento en que se había producido el incidente de Gewinner Pearce, y, por otra parte, lo que le pasó con Edna la Grande, la noche anterior, supuso un grave contratiempo psíquico, pese a que el asunto hubiera terminado con la victoria moral de Billy. Y al decir esto último, nos referimos a que Billy había demostrado la entereza de su carácter al despedir a Edna, al día siguiente de los hechos. Pero, aquella mañana, las entrevistas no se desarrollaban tal como a Billy le hubiera gustado. Las chicas tenían aspecto vulgarcillo, y sólo una de ellas era lo que verdaderamente se puede llamar «agraciada». Todas tenían una nota en común, como una especie de inexpresiva limpieza y atildamiento que a uno le hacía echar algo en falta. A aquellas chicas les faltaba el don de la atracción sexual, aunque Billy Spangler hubiera dudado mucho en servirse de estas dos palabras.

Lo dicho cabía aplicarlo a todas las chicas, menos una. A esta una no se le podía aplicar, no señor, ni muchísimo menos. La chica estaba bien, estaba pero que muy bien, era «agraciada» con matrícula de honor, y Billy la entrevistó en primer lugar, antes que las restantes. Sin embargo, esta chica contestó la primera pregunta, la de Gloria Butterfield, de un modo que no satisfizo totalmente a Billy. No se mostró nerviosa. Sin dudarlo un instante, dijo que, a su juicio, Gloria Butterfield era un ser despreciable, no sólo innoble sino también estúpido, y era estúpida porque se dejó pillar con las manos en la masa, mientras ejecutaba su innoble acto. Además, Gloria Butterfield se ganó a pulso su castigo. Cualquier chica que fuera tan traidora y estúpida merecía ser despedazada por perros salvajes.

Lo que inquietó a Billy Spangler fue que la chica dijera que Gloria Butterfield había sido despedazada por perros salvajes. Billy jamás había difundido este detalle. Braden Pearce se lo había comunicado, bajo juramento de guardar secreto, y si Billy lo supo fue tan sólo en méritos de la extremadamente íntima amistad que le unía al gran hombre que vivía en frente del parador. Billy jamás había dicho a nadie ni media palabra de esto, y tenía la seguridad de que Braden a nadie más lo había comunicado, como no fuera a los más altos directivos de «El Proyecto». El que la aspirante a camarera demostrara saber cuál fue el fin de Gloria Butterfield alarmó a Billy. Y cuando la chica reveló tal conocimiento, Billy tuvo un visible sobresalto. Pensó que había sabido ocultar muy bien su sorpresa, pero sintió que la piel del rostro le ardía mientras pasaba, muy aprisa, a formular la siguiente pregunta: «¿Qué opina del amor?» La contestación que dio la guapa chica también fue un poco fuera de tono.

Sin un pestañeo, miró derechamente a los ojos a Billy Spangler y le dijo:

-Francamente, no tengo mucha experiencia, pero el amor me parece algo magnífico.

No señor, ésta no era la forma en que una muchacha debía contestar la segunda pregunta, aunque tampoco cabía decir que la contestación resultara gravemente errónea. Lo que más preocupaba a Billy era la contestación a la pregunta de Gloria Butterfield. Sin embargo, no pudo tomar la decisión de despedir inmediatamente a la muchacha. Sabía muy bien que esto último era lo que debía hacer, pero no podía.

A continuación reproducimos exactamente las palabras que Billy dijo a la muchacha:

-Entreténgase un poco por ahí.

-¿Dónde?

Billy le dijo que se sentara a un extremo del mostrador y que se tomara un bocadillo y un café con leche.

La chica le dirigió una radiante sonrisa y obedeció las instrucciones de Billy, mientras éste mantenía la vista fija en la espalda de la muchacha que se alejaba de él. Iba con una falda de lana, a cuadritos, muy ajustada, y las caderas tenían aquella misma

forma que tanto, y con tan fatales resultados, había atraído a Billy hacia la persona de Edna la Grande, aun cuando, en el caso presente, quizá las caderas fueran algo menos voluminosas y un tanto más firmes. En cuanto al busto de la candidata, bien podía decirse que era mucho mejor que el de Edna. Aquellas obscenas palabras que Billy extrajo de su vocabulario secreto para aplicarlas al busto de Edna no servían para calificar el busto de la candidata. No señor, la palabra perfectamente adecuada era: «lindo».

Las siguientes entrevistas se desarrollaron muy rápidamente, pero Billy encontró defectos en todas las candidatas, y, al cabo de media hora, la chica que había dado la respuesta errónea a la pregunta de Gloria Butterfield era la única que quedaba. La muchacha se había bebido el café con leche y había pedido una porción de pastel de nata con crema y galletas, lo cual no es ciertamente un bocado que pida una chica interesada en guardar la línea. Era evidente que esto último no preocupaba a la chica. Pero también era cierto que la chica tenía una bonita figura, busto incluido. La muchacha había girado sobre sí misma, sin saltar del taburete, y sonreía esperanzada a Billy Spangler, quien tímidamente se había colocado detrás de la caja registradora, al otro extremo del parador, tan pronto se encontró a solas con la ahora única candidata. Transcurrían los minutos, de diez a once de la mañana aproximadamente, en que muy poca gente entraba en el establecimiento, y las dos camareras estaban sentadas fuera, con aspecto descansado y atractivo, tal como a Billy le gustaba. Por esto, ahora, Billy tenía una buena ocasión para estrechar a preguntas a la candidata superviviente. Aquella chica tenía grandes cualidades para desempeñar el cargo, y la extraña sorpresa que había dado a Billy, en lo referente a Gloria Butterfield, quizá pudiera explicarse de un modo muy sencillo.

Billy, que siempre trataba a las chicas con familiaridad y afecto, como un hermano mayor, dijo:

-Bueno, pequeña, has dicho una cosa que me ha preocupado un poco, y me parece que ya sabes qué es. ¿Por qué has hablado del asunto ese de los perros salvajes?

La muchacha dejó de sonreír.

-¡Oh...!

Saltó del taburete, y se dirigió hacia la puerta, con movimientos un tanto bruscos, y el rostro sonrojado.

-¿A dónde vas? -preguntó Billy.

-A casa. Lo siento, pero tampoco tengo tanta necesidad de trabajar como para aceptar por jefe a un hombre que sospeche de mí.

- ¡Alto, alto el carro! Parece que te hayas enfadado conmigo sólo porque me ha sorprendido un poco que supieras algo que saben unas pocas personas que están íntimamente relacionadas con «El Proyecto». Y esto no es razón suficiente para que te enfades y digas que sospecho de ti.

Billy se había acercado a la puerta. La muchacha intentó abrirla, pero Billy apoyó el cuerpo en la puerta, impidiéndolo.

De nuevo, la muchacha volvió a mirar a Billy rectamente a los ojos. En tono muy seco, le preguntó:

-¿Confía o no confía en mí?

-¿Que si confío? Claro que sí, pequeña. Te confiaría hasta el último dólar. Basta ver esta sonrisa tuya, pequeña. Esta sonrisa franca y abierta, maravillosa, y este par de ojos azules, como los de un niño... Ahora, apártate ya de la puerta, y siéntate.

Billy se dirigió a gritos al negro de la cocina:

-¡Henry! ¿Está ya preparada la nueva tanda de café? ¡Trae dos tazas, y una porción de tarta de manzana!

Billy miró a la muchacha. Era todo sonrisas, sonrisas de querubín que le daban

expresión de joven angélico, honrado, dulce y puro de corazón.

-Me parece imposible que alguien no confíe en mí -dijo la chica.

Se sentó otra vez, y abrió la boca, de manera que Billy pudo ver el interior, de color coral, tan húmedo y suave como las interioridades de su propia boca. En el momento en que le servían el café y la tarta de manzana, Billy pensó en la posibilidad de dar un complicado beso, y rebulló en el asiento. Pero la chica no dejó de sonreír ni cerró la boca hasta el instante en que Billy le preguntó el número de sus zapatos y del uniforme. Entonces, la chica cerró la boca durante unos brevísimos instantes, para disponerse a decir:

-¿He conseguido el empleo?

Sí, ciertamente, lo había conseguido.

Repentinamente, a primeros de febrero, se desencadenó una oleada de criminalidad en la ciudad de Gewinner, con lo que se interrumpió un largo período tan extremadamente pacífico que, en el curso del año anterior, el delito más grave que se había cometido fue el robo de una alcachofa en un supermercado. El primer indicio del desencadenamiento de la oleada de criminalidad consistió en el hallazgo de un billetero, rasgado y vacío, en la entrada de un callejón. Esto fue como el primer caso de una epidemia, ya que, al cabo de pocas noches, el número de billeteros vacíos, hallados en la calle, se había elevado a más de veinte. Y, luego, a más de cien. Los delitos eran ejecutados con técnica perfecta. Por lo menos el cincuenta por ciento de las víctimas eran solitarios policías, a quienes los delincuentes atacaban mientras vigilaban las calles solitarias de la ciudad, y ninguno de los atacados pudo dar una versión verdaderamente satisfactoria, desde un punto de vista policial, de lo ocurrido. No habían visto u oído nada sospechoso, ni siquiera que les llamara la atención, antes de recibir el golpe que les había dejado inconscientes, y éste les había sido propinado en la parte trasera de la cabeza, con tal violencia que, en algunos casos, ocasionó la fractura del cráneo. Una de las víctimas afirmó: «Fue como si un enorme gato negro se me hubiera abalanzado encima.» Y de esta declaración surgió el nombre «Banda del Gato Negro», que se dio a los delincuentes. Todas las víctimas que no pertenecían a la policía eran trabajadores que regresaban a casa, al terminar el turno nocturno en «El Proyecto». Al principio, los trabajadores que se trasladaban en automóvil gozaron de cierta inmunidad, y, en consecuencia, se prohibió el tránsito de peatones por las calles de Gewinner, a partir de las ocho de la noche. Pero casi inmediatamente después de dictarse esta prohibición, la policía encontró a varios trabajadores inconscientes, sentados tras el volante, despojados de cuanto de valor llevaban encima, con los coches detenidos junto a las aceras de los barrios residenciales. Entonces, se ordenó que en los automóviles particulares que circularan por la noche debían ir dos pasajeros por lo menos. Las fuerzas de policía se multiplicaron por diez, las calles fueron iluminadas con gigantescos reflectores que daban un repulsivo resplandor verdusco a cuanto tocaban con su luz. Llegó un equipo de especialistas en criminología. En las calles se colgaron grandes cartelones y pancartas donde constaban las precauciones que los trabajadores de «El Proyecto» debían adoptar por la noche: Conducir el automóvil por el centro de la calle... reducir velocidad, pero no detenerse en los cruces... mantener una velocidad constante de veinticinco millas por hora en las zonas comerciales, y de cuarenta en las residenciales... ir, siempre que fuera posible, por calles principales... no aceptar a desconocidos a bordo, bajo pretexto alguno. Después, durante la última semana de febrero, se celebró una reunión del consejo municipal, en la que la comisión investigadora afirmó que el jefe de la Banda del Gato Negro era nada menos que el jefe de la policía. Esta tranquilizadora información no fue comunicada a la prensa, pero el rumor se extendió por toda la ciudad, y los efectos que produjo en la población civil fueron un tanto

desmoralizadores. La vida nocturna de la ciudad fue algo parecido a una ininterrumpida película del salvaje Oeste, hasta el día en que el cuerpo de policía fue enviado, en peso, al «Valle de la Tranquilidad», y agentes gubernamentales en carros de combate se hicieron cargo del mantenimiento del orden público. Por fin, al menos aparentemente, la ciudad y «El Proyecto» volvieron a gozar de la anterior paz. Las iglesias de todas las confesiones consiguieron batir todos los recordá de conversiones, y, desde el pulpito, algunos optimistas se refirieron a la oleada de criminalidad, ya superada, con la denominación de «el último reducto del diablo».

Las horas del día que más gustaban a Gewinner Pearce eran las que mediaban entre la medianoche y el alba, cuando los únicos habitantes de la ciudad que estaban despiertos eran los obreros que trabajaban en el último turno de «El Proyecto». Desde las ventanas de su torre, con las luces apagadas, Gewinner esperaba el momento en que Billy Spangler cerraba el parador y se iba a bordo de su pequeño y limpio automóvil verde. Entonces, Gewinner comenzaba a prepararse para salir. No se abrigaba. Le gustaba sentir el fresco de la noche en su cuerpo porque así tenía más clara conciencia de la vida que alentaba en su interior. Sentir el aire fresco en sus miembros era algo que daba a éstos más movilidad, más agilidad, y, por esto, Gewinner salía ligero de ropa. No llevaba prendas interiores. En ocasión de estos paseos nocturnos, vestía un smoking de seda, de color azul medianoche. Antes de ponerse este atuendo, Gewinner se bañaba y se perfumaba como una novia, entre la multitud de espejos, indirectamente iluminados, que había en su cuarto de baño. Se frotaba todo el cuerpo con agua de colonia con esencia de pino, y se lo espolvoreaba ligeramente con talco. Se ponía calcetines de seda de lo más fino, y sus zapatos pesaban poco más que un par de guantes. Se echaba un par de gotas de atropina en los ojos para eliminar toda expresión de fatiga, se frotaba cuidadosamente el impecable esmalte de sus dientes, y mediante una solución astringente se aseguraba de que en su boca y garganta hubiera un frescor carente de todo aroma. De estos ritos preparatorios muchas veces formaba parte un acto de lavado interior, o sea, una lavativa caliente seguida de otra fría, ya que a Gewinner le disgustaba la idea de llevar heces fecales en sus intestinos bajos. Llevaba un solo adorno, consistente en una moneda persa, muy antigua, unida a una fina cadena de plata. Le gustaba sentir el frío contacto de la moneda, cuando ésta se movía, como un péndulo, y le rozaba las costillas. Le parecía que ocultara un secreto. Y a Gewinner no había nada que le gustara más que esto: tener y conservar un secreto. También tenía la romántica idea de que llegaría el momento, en una noche estrellada, en que encontraría la persona a quien podría regalar la moneda persa. Jamás había encontrado a esta persona, aunque sí había encontrado a algunas que casi casi lo eran, y cabía la triste pero soportable posibilidad de que nunca la encontrase, pero, entretanto, la moneda persa era un delicadamente excitante recordatorio de que la noche es aventura. Cuando todavía llevaba poco tiempo residiendo en la ciudad, una o dos veces la policía pidió a Gewinner sus documentos de identidad. Ahora, los policías ya le conocían, y también reconocían el cadillac violeta de Violet. La policía probablemente se sentía intrigada por las andanzas de Gewinner, pero no intentaban impedirlas ni obstaculizarlas, debido al prestigio de su apellido, y a la curiosamente intimidante aura que rodeaba a su persona.

Las andanzas nocturnas de Gewinner seguían siempre cierta pauta. A cómoda velocidad, siempre a cinco millas por hora por debajo del límite oficial de velocidad en el término municipal, recorría la calle principal, y, cuando se detenía en un cruce, daba la impresión de que buscara a alguien con la mirada. Todas las puertas y ventanas estaban cerradas, y en el interior de las casas no había luz. Cada dos o tres manzanas, se cruzaba con un policía que le dirigía una sola y rápida mirada, llena de alarma y discreción, y Gewinner le saludaba con un ligero movimiento de la cabeza, no exento de

audaz expresión, como si fuera un inspector que estuviera efectuando una ronda y manifestara su aprobación ante la presencia del policía allí. Cuando llegaba al término de la calle principal, imprimía al volante del cadillac de Violet (que ahora estaba siempre a su disposición) un giro a la derecha, y proseguía a lo largo de una calle en la que se alzaban unas casitas nuevas, todas ellas iguales, construidas por «El Proyecto». Al término de esta calle se alzaba el estadio deportivo del instituto de segunda enseñanza, y, allí, Gewinner se detenía un rato. A veces, se quedaba en el interior del automóvil, detenido cerca de la puerta principal, encendía un cigarrillo al que daba unas cuantas chupadas, y que apagaba tan pronto volvía a poner el automóvil en marcha. Pero, otras veces, salía del automóvil y se acercaba a la fuente que había dentro del estadio. Adoptaba una postura igual a la que hubiera adoptado si bebiera, pero el agua nunca le rozaba los labios. Después se quedaba junto a la fuente durante uno o dos minutos, y recorría con la vista las oscuras gradas que rara vez estaban desiertas. Su vista recorría la ovalada estructura abierta al cielo nocturno hasta que divisaba la incandescencia de la punta de un cigarrillo, en algún punto de las gradas, reveladora de la presencia de otro ser. Entonces, Gewinner extraía del bolsillo superior del abrigo, que nunca llevaba puesto, sino al brazo, un pañuelo de seda blanca, lo desplegaba, y lo ponía sobre el banco de cemento inmediato a la fuente. Se sentaba y esperaba. Esto no era armónico con las convenciones imperantes en el lugar -en todos estos lugares imperan cierto tipo de peculiares convenciones-, y, casi siempre, Gewinner esperaba en vano. Cuando se impacientaba, sin perder por ello todavía las esperanzas, sacaba del bolsillo un encendedor de plata y un cigarrillo. Mantenía durante diez segundos la llama del encendedor ante su rostro, sin prender el cigarrillo, cuya punta quedaba un poco separada de la llama. Después, esperaba un poco más. Y, a veces, la persona que había sido la causa de que brillara la luz, salía tímidamente, con temor, de las gradas y se acercaba a la fuente. Cuando la desconocida persona llegaba a un punto situado a pocos pasos de la fuente, y Gewinner había conseguido tener una impresión de su aspecto general, se levantaba bruscamente y salía a paso rápido del estadio o bien se acercaba a la fuente, llegando al mismo tiempo que la desconocida persona, y murmuraba una palabra o dos al oído de ésta, en el momento en que se inclinaba a beber. En este ultimo caso, el paso siguiente era siempre el mismo. La persona desconocida, ahora ya compañera de Gewinner, caminando los dos juntos y de prisa, salían sin decir palabra del estadio, y se dirigían al automóvil. El automóvil dejaba de fingir languidez y salía disparado a lo largo de las calles dormidas, hasta llegar a cierta carretera que Gewinner conoció en su adolescencia, carretera que conducía al cementerio de los negros, a unas dos millas de la ciudad, y, una vez allí, caminaba por entre las humildes lápidas cubiertas de musgo y las cruces de madera a las que la intemperie había dado pálido color, hasta llegar a una glorieta rodeada de rosales, en la que la pareja penetraba.

Cierto es que Billy Spangler no puso en duda su acierto al contratar a la nueva camarera, llamada Gladys, pero también es cierto que la noche del día en que la contrató se sintió un tanto inquieto. Se notaba incómodo en la cama, y no lograba adoptar la posición que hubiese querido. La única que le parecía cómoda era la postura boca abajo, pero esto le suscitaba indeseados pensamientos, imágenes y sensaciones, sobre todo sensaciones. Billy se dio cuenta de que el experimento realizado con Edna la Grande había socavado, aunque sólo fuera temporalmente, aquel espartano dominio que tenía de sus sanos y juveniles deseos, y del que tan orgulloso estaba. Al percatarse de lo dicho, se puso inmediatamente boca arriba, y comenzó a recitar sus oraciones. Por lo general, cuando Billy padecía un poco de insomnio, le bastaba con comenzar a rezar, y, a las pocas palabras, comenzaba a penetrar en la región de los sueños, pero aquella noche las dijo enteras y se quedó tan despierto como antes. Por fin, se dio cuenta de cuáles eran

sus pensamientos. Sí, probablemente se había colocado en una posición moralmente vulnerable al contratar a una camarera que, no sólo era agraciada, sino también una espectacular belleza. Tras darse cuenta de ello volvió a ponerse boca abajo, y comenzó a dormir al instante.

Cuando la nueva camarera se presentó al trabajo, el día siguiente, Billy tuvo buen cuidado de no prestarle especial atención, de no dar muestras de favoritismo. La puso a trabajar inmediatamente, como si la chica llevara ya tanto tiempo como las otras dos en el parador. Desde luego, Billy no dejó de vigilarla disimuladamente, ya que quería comprobar si se acostumbraba aprisa a su tarea. Y Billy quedó sorprendido de la rapidez con que la chica aprendía el oficio. Hubiérase dicho que se había dedicado a camarera de parador desde el día en que saltó de la cuna o del «parque», por la velocidad y eficacia con que servía a los clientes. Estaba física y mentalmente atenta al trabajo, y no daba signos de la más leve inestabilidad emocional.

A media tarde, Billy estaba ya convencido de que aquella muchacha, Gladys, era una entre un millón, sin exagerar demasiado. No sólo cumplimentaba alegre y rápidamente los pedidos de la clientela, sino que daba las órdenes al negro de la cocina, con tal tono de autoridad que el negro las cumplía a doble velocidad de lo normal, mucho más aprisa que si el propio Billy le hubiera aullado las órdenes.

«¡Dios mío, esta mujer no es una mujer, es una diosa!» Estas fueron las palabras que Billy se dijo in mente, con referencia a la nueva camarera del parador. Y, ahora que la muchacha había demostrado con tanta brillantez que era la mejor empleada que cabía imaginar, Billy se consideró autorizado a comunicarle lo contento que estaba de tenerla allí. Y fue y le dijo:

-¿Cómo van las cosas, preciosidad? ¿No estarás un poco cansada, quizá?

La chica sonrió y le dijo:

-Nada de eso, señor, me encuentro muy bien. De veras, muy bien.

-¿De veras? ¿Muy bien?

-Sí, señor, muy bien.

La única finalidad de esta conversación era demostrar buena voluntad. Y, a juicio de Billy, la buena voluntad era la piedra angular de todo. Además, se daba el raro caso de que la belleza de la nueva muchacha no le conturbaba. Quizá la experiencia vivida con Edna la Grande le había purificado. Quizá había sido como una erupción, y quizá había servido para que gran parte de la violencia contenida en su interior hallara una válvula de escape, dejándole más tranquilo y limpio, interiormente. A Billy le parecía que hubiera tomado un purgante que había eliminado de su cuerpo toda la materia sobrante que contenía, dejándolo dulce y limpio como el de un recién nacido.

Cada vez que la nueva camarera pasaba junto a Billy, éste le preguntaba:

-¿Qué tal? ¿Cómo va eso, pequeña? Y la chica le respondía:

-Muy bien, Mr. Spangler.

La muchacha todavía no se había puesto el uniforme del parador. El de Edna la Grande no era de su medida, por lo que Billy lo mandó a la modista, a fin de que hiciera las pertinentes modificaciones. La modista había prometido entregar el uniforme, modificado, a las cinco y cuarto, momento en que la nueva camarera podría ponérselo. Billy Spangler esperaba ansiosamente el momento de ver qué tal le sentaba el uniforme a la chica, e imaginaba que le sentaría de maravilla. La muchacha tenía una figura joven, perfecta, y el modo en que se movía, elástica y ágilmente, demostraba que gozaba de excelente salud y que tenía hábitos higiénicos.

A las cinco y quince, con toda exactitud, la modista devolvía el uniforme, y Billy dijo a la nueva camarera:

-Gladys, pequeña, han traído tu uniforme.

-Estupendo.

Y Gladys pronunció esta palabra con acentos de excitación. Se notaba que consideraba que llevar el uniforme era una especie de privilegio, y que ansiaba ponérselo, igual que un joven y patriota recluta exulta de gozo al ponerse el uniforme del ejército. Pero sin duda había habido algún error, ya al tomar las medidas, ya al efectuar las modificaciones, puesto que cuando la chica salió del lavabo de mujeres, en su hermoso rostro de diosa se dibujaba un gesto de contrariedad.

-¡Oh, Mr. Spangler...! ¡Los pantalones me vienen muy estrechos! ¡No puedo abrocharme el último botón, el de arriba!

En tono de desagrado, Billy dijo:

-¿Qué?

-Mire, mire...

Y Billy pudo comprobar que sí, que era verdad. Habían estrechado demasiado los pantalones, a la altura de las caderas o de la cintura, y el botón superior no se podía abrochar. Los pantalones quedaban un poco abiertos revelando la prenda interior de la chica, de color de rosa, a cuyo través se veía la piel, de delicado color fresco y juvenil, lo cual dejó a Billy, de repente, extremadamente cohibido.

-¿Los devuelvo a la modista? -preguntó la chica.

Con el rostro orientado hacia la ventana, contemplando distraídamente el exterior, y con las manos en los bolsillos, Billy reflexionó unos instantes.

-No, llévalos por el momento, y mañana mandaremos que los vuelvan a modificar, o quizá compraremos otros.

A partir de aquel instante, Billy se sintió muy incómodo, y, al parecer, su incomodidad se transmitió a las tres chicas. Todo comenzó a funcionar mal. Sí, se trataba de cosas sin importancia que, en realidad, ni siquiera vale la pena mencionar, pero la acumulación de dificultades tras dificultades creó una atmósfera densa que, en el momento de cerrar el parador, era casi insoportable.

La nueva camarera se comportó con irreprochable dignidad. Sí, esto era algo que Billy estaba dispuesto a reconocer. Ni siquiera cuando se le saltó otro botón perdió la chica la compostura. Se limitó a decir:

-He perdido otro botón.

Pero ya antes, se había puesto alrededor de la cintura un trapo azul, de secar platos, que le ocultaba la prenda interior de color de rosa.

Durante las dos horas anteriores a la del cierre del establecimiento, Billy no había dejado de decirse: «Más valdrá que la mande a casa.» Pero el caso es que de un instante a otro, se olvidaba de decírselo, y, cuando llegó el momento de cerrar, Billy se dio cuenta, sorprendido, de que había dicho a las dos otras chicas que se fueran a casa, y había ordenado a la nueva que se quedara. Billy se dijo: «Bueno, seguramente habré pensado que la chica necesita que le dé unas cuantas instrucciones más sobre el modo de trabajar que aquí tenemos.»

Para conseguir la felicidad individual en este mundo quizá sea preciso ser un poco paranoico. No quiero decir con esto que haga falta padecer un complejo mesiánico, pero, por otra parte, también debemos reconocer que pocos beneficios se derivan de la adopción constante de un punto de vista totalmente iconoclasta, en lo referente a uno mismo y a la posición que uno ocupa. Gewinner era un romántico. Creo que esto ya lo sabíamos, a estas alturas. El mero hecho de su ascenso a la torre de la mansión de los Pearce nos da un revelador indicio de esta característica de su manera de ser. Naturalmente, Norteamérica en general, y los estados sureños en particular, son la materialización de un gesto romántico. La realidad de América fue descubierta y fue, luego, fecundada por el eterno Don Quijote que no deja de existir en el vivir de la

Humanidad. Luego, como es bien sabido, el hombre de negocios tomó el mando, y Don Quijote quedó exiliado en su propia patria. O, por lo menos, quedó exiliado cuando ya no le quedaron fronteras que cruzar. Pero el exilio jamás podrá extinguir el ardiente espíritu quijotesco. Los castillos de Don Quijote no son materiales, y sus modos de actuar son infinitos, por lo que no es preciso que uno mire al fondo de muchos ojos norteamericanos para que descubra, de repente, la grave y hermosa locura de la mirada quijotesca, y tampoco hace falta esperar mucho para que uno pueda observar unas manos en el acto de realizar un ademán contenido, pero de significado carente de límites, un ademán que quizá tan solo sea el de pasar el salero a un desconocido que come en una mesa contigua, en cualquier miserable casa de comidas. Y este hombre quijotesco puede hablar a usted, con serena sabiduría, de cómo es este mundo por el que él ha viajado en su eterno empeño caballeresco. Este hombre quizá le diga dónde puede usted encontrar un lugar maravilloso, en una ciudad situada a dos mil millas del punto en que usted habla con él, y puede también llevarle a un lugar maravilloso, a la vuelta de la esquina. Y quizás este hombre quijotesco haya hecho con el cortaplumas un románticamente ancho orificio en las divisiones de madera que separan los lavabos de una estación de ferrocarril. No, no es un buen trabajador, aun cuando a veces sea brillante. Sus tareas nunca le parecen lo bastante altas para sus alcances, detesta engordar, detesta esta grasa que nace de los empleos sedentarios. No le gusta la policía. Es demasiado norteamericano para que la policía le guste. Nuestra fuerza policíaca tan sólo hace buenas migas con gente desgastada por la vieja muela de Europa. Y Don Quijote de la Mancha jamás ha sido vencido por nadie. Su largo esqueleto es demasiado elástico y robusto para que esto le ocurra. Nuestra gran esperanza radica en que la gente ama instintivamente a Don Quijote, y en que Don Quijote puede ser un excelente político. Nuestro peligro radica en que el buen caballero es siempre impaciente. Pero ni por un instante podremos dudar, en el instante de conocerle, cuando intentamos devolver en el apretón de manos el impulsivo vigor de la suya, cuando vemos la loca honradez de su mirada, que él es el único, que él es el hombre, que él es el elegido. ¿Qué importa que esté loco?

América fue construida con material paranoico por hombres que se consideraban superiores a los demás, que despreciaban la ignominia de la muerte, que respetaban los misterios pero que no se sentían empequeñecidos por ellos, que nunca se paraban a meditar cuan hueros eran sus sueños, sino que se lanzaban a convertirlos en actos. Y así vemos que Don Quijote cabalga perpetuamente, a lo largo de sus empinadas y tortuosas sendas, agobiado por su herrumbrosa armadura, a lomos de un rocín cuyas costillas resaltan sobre la piel, tanto como las del propio caballero. Tras él trota Sancho Panza, cargado con los restos del caballeresco equipo, y, probablemente, en estos momentos, un poco más loco ya que su antiguo señor. En el fondo de su corazón, Sancho ha sido ya elevado a la categoría de caballero, y Don Quijote echa de vez en cuando pie a tierra para que su escudero descanse en su silla. La democracia es algo que Don Quijote y Sancho han adoptado, porque siempre estuvo en el corazón romántico, en el corazón del hombre de veras. El lenguaje de Don Quijote y Sancho ha cambiado. Se ha simplificado. Ahora, una sílaba basta para decir lo que antes requería una frase. A veces, durante días y días, no necesitan más que comunicarse por señas, por la elevación de un flaco dedo, ligeramente curvado en las dos articulaciones, por un engallamiento de la cabeza contra un cielo cubierto de nubes grises, por la orientación de los ojos hacia arriba, de los ojos azules en el caso de Don Quijote, y pardo-oscuros en el de Sancho. Por tácito acuerdo, se detendrán al anochecer, y, ahora, no es raro que las dos cabezas reposen en el cuero de una misma silla de montar. La distancia y el tiempo han purificado a uno y otro. Tienen los dos costumbres peculiares. Y, a veces, también caen

en el error. Pero esto es también romanticismo. A veces se separan. Pero estas sendas que en distinta dirección emprenden siempre se cruzan, y cuando los dos vuelven a encontrarse están arrepentidos, y cada uno de ellos quiere quedarse con la menor porción del triste pescado o pedazo de carne que preparan para celebrar el encuentro. ¿Y qué podemos decir de su muerte? Se encuentran otra vez, tras su tránsito. Cada uno de ellos se da cuenta de que el otro está más viejo y más flaco, pero ninguno de los dos comete la desfachatez de comentarlo, ni tan siquiera para sus adentros, porque la amistad de este tipo es también cosa de locos. Los pájaros les conocen y les comprenden mejor que los hombres. ¿Habéis visto alguna vez el esqueleto de un pájaro? Si lo habéis visto, ya os habréis dado cuenta de que todavía puede volar, igual que en sus mejores tiempos...

Gewinner permanecía solitario casi siempre, no daba muestras de ser hombre cordial, y, en sus apariencias externas, muy poco se parecía a Don Quijote. Pero en su visión había la alquimia de los románticos, esta capacidad de convertir una cosa en quien la contempla, y viceversa. Los dioses solían hacer esto. Las mujeres que se lamentaban sin cesar eran convertidas en formas arbóreas y de fuente. Los lebreles sin amo se convirtieron en un grupo de estrellas. La tierra y los cielos estaban llenos de seres trocados. Y tras todo esto, posiblemente hay una verdad, quizá la única verdad. Quizá las cosas sean tan sólo aquello en lo que las convertimos, ahora que nos hemos irrogado esta facultad que, antes, era exclusiva de los dioses.

Como se recordará, si es que no se ha olvidado, Violet recibió un mensaje, mediante una paloma mensajera, enviado por su antigua compañera de estudios, Gladys, y, en aquella ocasión, preguntó a Gewinner si quería que Gladys le mandara un mensaje por medio tan insólito. A la sazón Gewinner no podía imaginar cuál podía ser el contenido del mensaje. Pero, últimamente, cierto número de palomas había transmitido igual número de mensajes a los dos conspiradores, Gewinner y Violet, del castillo de los Pearce, y, algunas veces Gewinner, y, otras, Violet, habían enviado palomas con mensajes de respuesta a Gladys, que ahora estaba empleada en concepto de camarera en el parador de «El Muchacho Alegre». Gewinner incluso había aprendido a tragarse los mensajes que le llegaban, y no le parecían de gusto desagradable. Tenían, de propósito, distintos aromas, y la importancia del mensaje se expresaba mediante el aroma. Los mensajes rutinarios olían a sorbete de limón, en tanto que los de especial gravedad olían a licor.

Naturalmente, el más sustancioso elemento de estos mensajes no radicaba en el aroma del papel en el que estaban escritos, sino en el texto redactado de modo pertinente para que no se descubriera prematuramente lo que las dos damas y Gewinner tramaban. Y ahora, vamos a transcribir el contenido de uno de estos mensajes. Lo envió Gladys a Gewinner, lo transportó al atardecer una paloma blanca como la nieve, y en él se contenía este agradablemente romántico razonamiento, si es que razonamiento se le puede llamar:

«Querido camarada de pluma y amante de las palomas: creo oportuno recordarte que el uso de las palabras caballeresco empeño en vez de nocturno empeño no es mera vanidad palabrera, sino algo que tiene la más alta importancia, para cuanto significa creación, en todos aquellos casos en que un hombre encerrado en la cárcel de su cuerpo se acuerda de que también tiene alma. Sinceramente, Gladys.»

Venía después una corta post-data: «¡Contempla el vuelo de la paloma blanca, cuando emprenda el regreso!»

Gewinner lo contempló. Vio cómo la paloma abría sus alas blancas como la nieve, y cómo se elevaba en el aire, sin moverlas, como llevada por una súbita ráfaga de viento, y cómo se perdía en el aire, igual que si se hubiera transformado en niebla.

Uno o dos días después de haber comenzado a trabajar en el parador, Gladys habló a solas con Billy, y le dijo que estaba encargada de una misión de contraespionaje, por

cuenta de «El Proyecto», y que Billy no debía decirlo a nadie, ni siquiera a Braden Pearce.

Billy la creyó. Estaba tan enamorado de Gladys que si ésta le hubiera dicho que era la mismísima Virgen María, Billy se lo hubiese creído. Pero a Billy le pareció que los métodos de trabajo, en materia de contraespionaje, empleados por Gladys carecían de aquella sutileza que este tipo de misiones exige. Gladys se pasaba el día pidiendo conferencias telefónicas desde el teléfono público del parador, y, en cuanto tenía un minuto libre, abría una cartera de documentos y sacaba un montón de fotocopias de planos. Por lo menos dos veces a la semana la visitaba un hombre con barbas de aspecto un tanto falso, y los dos hablaban en un idioma extranjero que ni tan siquiera parecía terrestre. Una noche, Billy observó con sorpresa que el hombre de las barbas se sacaba del bolsillo un pájaro vivo y lo entregaba a Gladys, juntamente con tarjetas de cartón, fragmentos de alambre, y un librillo que Billy pensó sería un diccionario para descifrar claves. A Billy estos métodos de contraespionaje le parecían excesivamente simplones. Estaban pasados de moda. Aquella noche, mientras él y Gladys cerraban el parador, la hizo partícipe de sus dudas. Pero Gladys le tranquilizó:

-Utilizamos métodos sencillos para dar a los espías del enemigo la impresión de que somos idiotas. Y, por favor, Billy, decide de una vez si confías en mí o no. Tienes que decidirlo ahora mismo, si quieres que siga trabajando aquí... De lo contrario dejo el empleo.

Esta conversación tuvo lugar en el minúsculo despacho del parador, y se convirtió en una escena de carácter muy íntimo tan pronto la muchacha apagó la luz.

Después, Billy se sintió muy contento y satisfecho de sí mismo. Tenía la impresión de que iba a ocurrir algo muy grande y maravilloso, y de que él, pese a su humildad e ignorancia, participaría en aquel algo, de que había sido ya elegido para participar en ello.

El Padre Acheson, de la catedral de Santa María, y el Reverendo Doctor Peters, de la Iglesia Metodista Episcopal, habían sido invitados a cenar en la mansión de los Pearce, la noche del sábado, día 16 de marzo. Esto indicaba que entre los dos rivales eclesiásticos se habían establecido nuevos vínculos amistosos. Hacía tan sólo un año que el Doctor Peters había dicho ante testigos: «Romperé el cerco que los católicos han puesto a esta ciudad.» Por su parte, el Padre Acheson había afirmado que el protestantismo y el ateísmo habían abierto las puertas del país a los lobos de Asia. La tregua entre los dos eclesiásticos había sido negociada nada menos que por Braden Pearce, quien sería su anfitrión en la cena antes referida, en el castillo de los Pearce. Braden había seguido un procedimiento terriblemente audaz, a fin de conseguir que el Doctor Peters y el Padre Acheson hicieran las paces.

Y había logrado efectos maravillosos. Los dos eclesiásticos, no sólo se estrecharon la mano en la tribuna destinada a los oradores, sino que se precipitaron el uno en brazos del otro, con tal entusiasta demostración de fraternal afecto que, cuando llegó el momento de sentarse a la mesa para cenar pollo «a la king», todos los asistentes tenían los ojos enrojecidos.

Y, ahora, acudieron a cenar en casa del pacificador, por celebrarse en ésta una especial solemnidad. Tal solemnidad no era otra que el séptimo aniversario de la boda de Braden y Violet. Únicamente la madre de Braden sabía que éste sería el último año en que se conmemoraría dicho acontecimiento. Aquella noche, Violet se emborrachó de veras por vez primera en su vida matrimonial, pese a que sólo bebió un cóctel más de

los que solía echarse entre pecho y espalda. Mamá Pearce se había encargado de preparar los cócteles. Mientras estaban todos sentados a la mesa, ocurrió una desagradable escena. El Padre Acheson y el Doctor Peters quedaron violentamente cohibidos. No les quedó más remedio que fingir que no se daban cuenta de nada, mientras Violet se inclinaba tanto hacia delante que sumergía en la sopa su collar de perlas. De vez en cuando, Braden le daba un pellizco en el brazo o una palmada en el hombro. Entonces, Violet se erguía, y quedaba erguida durante un minuto o dos, pero, luego... volvía a inclinarse hacia delante.

Por fin, mamá Pearce tocó una campanilla. Dos criados de uniforme penetraron en el comedor, como si hubieran estado esperando junto a la puerta a que se produjera el colapso de Violet. La cogieron por las piernas y los sobacos, y se la llevaron. Únicamente Gewinner comentó lo ocurrido.

-Parece que Violet está fatigada.

A continuación, se levantó de la mesa, al tiempo que decía:

-Les ruego me disculpen. Voy a ver cómo se encuentra Violet.

Mientras Gewinner salía del comedor, tras los pasos de los criados que se llevaban a Violet, Braden murmuró algo de sentido vulgarmente despreciativo.

Resultaba sencillamente pasmoso observar el modo en que mamá Pearce se comportaba, igual que si no hubiera ocurrido nada sorprendente o anormal. Mamá Pearce se volvió hacia el Doctor Peters e inició con él una conversación acerca del triste estado en que se encontraba su jardín.

-El pasado otoño, mis crisantemos se marchitaron apenas hubieron florecido, y, ahora, mis rododendros y mis azaleas están igual que mis margaritas, pero mis margaritas están tan muertas como mis rosas. Naturalmente, todo se debe al humo de «El Proyecto». Sin embargo, me doy perfecta cuenta de que el estado de mi jardín representa un pequeño sacrificio que cualquiera de nosotros está obligado a hacer cuando se encuentra en juego algo tan importante para el mundo cual es «El Proyecto». ¿No lo cree usted así, Doctor Peters?

El Doctor Peters se mostró totalmente de acuerdo. Dijo que hacía ya mucho tiempo que en su altar no había tenido un ramo de flores que mereciera tal nombre. Tanto tiempo hacía que ya ni siquiera se acordaba del último. Entonces, el Padre Acheson terció:

-La Pascua de Resurrección sin lirios no parece la misma festividad.

En el curso de esta conversación, Braden había permanecido en silencio, con gesto irritado. Entonces, habló muy enérgicamente.

-En mi personal opinión ya es hora, desde hace mucho tiempo, de que la gente de este país, incluida la población civil que no está directa ni indirectamente relacionada con la administración pública, deje de pensar de una vez en sus lirios y en sus margaritas, y que comience a pensar en los muchos y graves problemas que nuestra patria ha de solucionar en los más diversos lugares del mundo, mundo que, en mi opinión, está de día en día peor.

-Así se habla, así se habla -dijo el Doctor Peters. Y el otro eclesiástico efectuó vigorosos movimientos afirmativos con la cabeza, y se mostró de acuerdo:

-Efectivamente...

Braden prosiguió su improvisado discurso, expresándose en términos tan libres que mamá Pearce intentó una o dos veces llamar su atención mediante una mirada de aviso, con el único resultado de conseguir que su elocuente hijo menor se expresara en términos todavía más vigorosos. Braden dijo:

-Nadie ignora que antes de que pusiéramos a Stew Hammersmith en la Casa Blanca, esta vivienda estuvo ocupada por una larga sucesión de ineptos. Un inepto suce-

día a otro, y entre unos y otros formaron una larga cadena de cursis atontados, sin que ni uno solo de ellos tuviera una sola idea medianamente realista sobre la administración del país, de modo que éste pudiera progresar como debe. Estos hombres permanecían tranquilamente sentados, mientras los rojos y los negros y los amarillos conseguían ventajas sensacionales bajo nuestras propias narices, pero ahora, en mi opinión, tenemos a un hombre que no se anda con chiquitas, y que es capaz de pensar con tanto realismo como yo o como ustedes en lo referente a estos graves problemas con que el país tropieza en todo el mundo, problemas que, si hoy son graves, mañana lo serán todavía más. Y conste que no todo lo que he dicho es simple opinión personal. Este hombre fuerte del que he hablado es amigo mío, y viene aquí, a esta casa, en avión, en su avión particular, para consultar conmigo, siempre que se lo pido. No señor, no era una simple opinión personal, porque sé y me consta que al fin tenemos en la Casa Blanca a un hombre con cabeza y lo que hay que tener, que sabe jugar al gran juego de la política por todo lo alto, tan bien o mejor de lo que sabe jugar al golf o a los dados. Y esto que les digo a ustedes es una verdad como un templo.

El discurso de Braden estuvo adornado con abundantes expresiones populares que no constan en esta trascripción, debido a que las utilizó para dar énfasis a ciertas ideas tan sólo. Cuando Braden se calló para echar una ojeada al reloj, mamá Pearce pudo hablar un poco:

-Querido hijo, no sabes cuánto me alegra que hayas hablado de Stew, ya que en el correo de esta mañana me ha llegado un telegrama de Mag, en el que me dice que Babe y ella acompañarán a Stew, cuando éste venga aquí, el próximo fin de semana. He pensado que te gustaría saberlo. ¿No te parece maravilloso?

-Ya, ya... No está mal. Sí, maravilloso. Pero, oye, mamá, me gustaría que por una vez en la vida me dejaras hablar. ¿Quieres hacer el favor de dejarme hablar de una maldita vez?

-Habla, hijo, habla. Sigue adelante con tu discurso. Pero he pensado que te gustaría saber que Babe quiere bailar el «Babe's Stomp» contigo, este fin de semana, y que Babe y Mag se alojarán aquí, en el castillo.

-Magnífico. Sí, magnífico. Y también me alegra saber que el general Olds y su plana mayor estarán aquí. No creo que revele ningún secreto si les digo que, en mi personal opinión, este viejo espadón ha perdido las pelotas cuando se ha tratado de cumplir con las obligaciones morales que este país tiene en todo el mundo, y cuando hablo de pelotas no me refiero a pelotas de golf. Con esto quiero decir, que el general en cuestión es un maldito pacifista, totalmente chocho, que pretende que lleguemos a un acuerdo con el enemigo en Wah Sing Mink y en Krek Cow Walla, pero después de la conferencia en la cumbre que vamos a celebrar este fin de semana en «El Proyecto», vamos a decirle cuantos son dos y dos, y si el viejo Olds no sabe sumar más le valdrá, y lo juro por mi salud, y así me caiga muerto aquí mismo bajo la mesa, vive Dios, más le valdrá, decía, que la suma de dos y dos le salga cuatro, a no ser que esté dispuesto a reconocer que jamás aprendió a contar más allá de tres.

Mamá Pearce dijo:

-Hijo, quisiera pedirte dos favores. Cuando hables procura no excitarte, y esfuérzate en encontrar algún hueco en tus obligaciones para entretener a las señoras, mientras estén aquí, en casa. Me propongo organizar otra tremenda juerga en el Diamond Brite, y vendrá un jefe indio que luchará con un águila, pero me consta que Babe no levantará la vista del suelo hasta el momento en que tú llegues.

-Sí, claro, ya sé. Buena chica, Babe. Pero, deja que siga con lo que os estaba diciendo.

Prosiguió su discurso durante media hora más, y entre tanto se sirvió el postre de

pastel de cerezas, se sirvió el café, y sobre la mesa se dispusieron los cuencos para limpiarse los dedos.

Mamá Pearce fue la primera en levantarse de la mesa. Se puso en pie con un movimiento grácil y mayestático, y dijo a los caballeros presentes:

-Señores, nos retiramos por unos instantes.

Por lo visto, mamá Pearce, al emplear el plural, había olvidado que Violet se había retirado pronto, lo cual no sorprendió ni pizca a mamá Pearce, ya que había decidido prescindir de su nuera, y, por otra parte, tampoco le desagradó que Gewinner desapareciera del mapa. Mamá Pearce salió del comedor. Con aire imperial, recorrió el trayecto desde el comedor a la biblioteca, donde se servirían unos copetines postcena, en los que la materia prima sería el brandy.

¡ Violet fuera! ¡ Gewinner fuera!

Esto era lo que mamá Pearce se decía mientras, cual si desfilara ante multitudes que la aclamasen, penetraba en la habitación donde reposaban mil libros jamás abiertos. Por lo general, la biblioteca era una estancia silenciosa, pero aquella noche las puertas de cristal que la comunicaban con el invernadero estaban abiertas. En uno de los extremos del invernadero vivía un amplia población de cotorras, periquitos y canarios, todos los cuales se hallaban en estado de excitación, y producían gran ruido, en aquellos instantes. La señora Pearce imaginó que los pájaros habían oído sus pasos, y que manifestaban su contento al verla llegar. Todos los días visitaba dos veces a sus pájaros, una después del desayuno y otra antes de la cena, y se quedaba con ellos un ratito, hablándoles como si fueran niños, y emitiendo sonido de besos a ellos dirigidos. Los pájaros siempre reaccionaban parloteando animadamente y revoloteando de un lado para otro, pero esta noche, al oír los pasos de mamá Pearce, se mostraron sencillamente delirantes.

Mamá Pearce se dijo para sus adentros: «Sí, estos bichos me adoran. Entraré y estaré con ellos un instante para que pasen la noche tranquilos.»

En consecuencia, mamá Pearce pasó de la biblioteca al invernadero. Lo primero de que se dio cuenta fue de que el aire estaba muy frío. Y luego advirtió que esto era muy natural ya que las puertas con cristales que daban al jardín estaban abiertas de par en par. Mientras mamá Pearce se dirigía hacia las puertas, a fin de cerrarlas, se preguntó irritada quién podía haberlas abierto. Pero antes de que las cerrara, una paloma salió al exterior, volando por encima de su cabeza. En voz alta, mamá Pearce dijo:

-¿Qué es eso? ¿Una paloma?

Y, ante su sorpresa, le contestó la voz de Gewinner, cuya presencia en el invernadero no había advertido. Estaba en pie, junto a los grandes helechos, al lado de las jaulas de los pájaros.

-Sí, mamá, es una paloma mensajera que me ha traído un mensaje de una señorita llamada Gladys, señorita que trabaja en el parador. Parece que esta señorita ha organizado una de esas cosas que se llaman «happening» para esta noche, y la paloma me ha traído la correspondiente invitación.

-Pues bien, ¿por qué no vas? -le aconsejó mamá Pearce, con el secreto deseo de que Gewinner se fuera y no regresara jamás.

Mamá Pearce estaba cansada del tono entre burlón y tontaina con que Gewinner solía hablarle, las pocas veces que le dirigía la palabra. Sí, más valía que Gewinner volviera a viajar, aunque le costara dinero. Y en aquel instante, mamá Pearce exclamó:

-¿Qué diablos pasa?

La exclamación de la dama fue provocada por la aparición de Violet en la biblioteca, una Violet perfectamente serena, como si jamás hubiera tenido contacto con un «martín» que no fuera un martín-pescador, vestida de viaje, y con una bolsa como las

que regalan las empresas de aviación.

-¿También tú te vas, Violet? -dijo mamá Pearce. Violet le dirigió una rapidísima ojeada, y habló a Gewinner:

-Me he tomado un par de pastillas, y estoy otra vez serena, dispuesta a ir a la juerga ésa.

-Magnífico. Del parador de «El Muchacho Alegre» acaban de llegar nuestras invitaciones. Todo está dispuesto y tenemos el tiempo justo para llegar a la hora anunciada. No podemos perder ni un segundo.

Casi en voz alta, mamá Pearce pensó: «¿Qué diablos significa esto?» Pero la pareja había pasado a toda prisa ante ella, y ya había cruzado las puertas que se abrían al jardín, camino del garaje.

-¡Bueno! ¡Es increíble! ¡Quizá este par pretendan fugarse juntos! ¡Sería la gran solución!

-Su brandy, señora.

Mamá Pearce se dirigió al mayordomo:

-Muchas gracias, Joseph. Haga el favor de cerrar las puertas que dan al jardín. Las cotorras y los periquitos cogen una pulmonía por menos de un pitillo, y mueren de la noche a la mañana. Buenas noches, pajaritos, que durmáis como troncos.

Pronunció con muy dulce acento estas últimas palabras, y, a continuación, se dirigió hacia la copa de brandy. Se dijo que se la bebería entera, para celebrar el modo en que todo iba solucionándose en el largo y dulce otoño de su existencia.

Más o menos en el momento en que Violet y Gewinner salían de la mansión de los Pearce, al parador de «El Muchacho Alegre» llegó un mensaje, procedente de «El Proyecto», en el que se pedía medio litro de café y doce bocadillos de carne asada. En este mensaje se decía que el propio Billy tenía que entregar lo pedido en la Sala Dorada del edificio de la administración general, en vez de darlo a uno de los guardias apostados en la entrada al recinto. El contenido del mensaje era extraordinario, y Billy se dispuso a cumplir las órdenes con suma premura y excitación, ya que la única explicación posible consistía en que los directivos de «El Proyecto» hubieran decidido súbitamente recompensar la fidelidad de Billy.

Sin embargo, había una pequeña dificultad. Billy había enviado a sus respectivas casas a todo el personal del parador, salvo a Gladys, la nueva camarera. Estaban los dos solos en el parador. Billy preguntó a Gladys:

-¿Cuánto tiempo te llevará, yendo a toda velocidad, preparar doce bocadillos de carne asada?

Ante su sorpresa, la chica sonrió enloquecedoramente, y dijo:

-Ya están preparados.

Había otro problema: no tenían ruedas, no tenían medio de locomoción. El automóvil de Billy se había averiado aquella mañana, mientras se dirigía al parador, y aún se encontraba entre los automóviles en grave estado que aguardaban ser reparados en el Garaje «Siempre Contentos».

En menos que canta un gallo, la chica preparó medio litro de aquel café que tanta fama había dado al parador, y lo puso en un recipiente. Envolvió con papel parafinado los doce bocadillos de humeante carne asada.

-Gladys, eres una maravilla -dijo Billy-. Ahora, por favor, avisa a un taxi.

-No es necesario. La señora de Braden Pearce acaba de llegar en su automóvil.

Y así era. Billy estaba tan excitado y contento que apenas se dio cuenta de que Gewinner también iba a bordo del automóvil, sentado al volante.

Gewinner dijo:

-¡Vamos, Billy, en marcha! ¡Basta ya de rencores entre nosotros!

Y ésta era una invitación a la camaradería entre dos hombres a la que Billy jamás había podido resistirse.

-¡Magnífico! ¡Adelante con los faroles! -aulló con entusiasmo.

Saltó al interior del automóvil, y tan emocionado estaba que apenas se dio cuenta de que también Gladys subía. ¡Menuda camarera era aquella chica! Había puesto la mano en la rodilla de Billy, y sus dedos la acariciaban. Gewinner arrancó violentamente, y emprendió a toda velocidad el camino hacia «El Proyecto».

-¿No oyes un ruido? ¿Un tic-tic, tic-tic?

-Es que hay que revisar el motor -dijo Gewinner.

Violet terció:

-Mañana.

Y la mano de Gladys se movía tan amorosamente que Billy la apartó, no sin renuencia, y dijo:

-Espera a que...

-Ya hemos llegado -dijo Gewinner.

Y así era. Se encontraban ante la puerta principal de «El Proyecto», y dos guardias, junto a dos perros que aullaban, se acercaban a ellos.

Violet se inclinó a un lado, hacia Gewinner, y gritó:

-¡Soy la esposa de Mr. Braden Pearce! ¡Mi marido nos espera! ¡Déjenos pasar!

Los guardias parecían preocupados por una señal eléctrica que emitía un sonido de bip-bip, bip-bip, cada vez con mayor fuerza, en distintas partes del recinto. Uno de los guardias hizo una seña a los ocupantes del automóvil, indicándoles que podían pasar. Pero Billy ya se había apeado, consiguiendo permiso para adentrarse solo, a pie, con el paquete de bocadillos y el recipiente de café, dispuesto a cumplir su inocente misión, en tanto que el automóvil con Gewinner, Violet y Gladys se ponía en marcha.

Billy se dio cuenta de que en el interior de «El Proyecto» algo funcionaba como no debía, y que se trataba, a no dudar, de algo muy serio. Aquel sonido electrónico se había convertido en un constante y alto alarido, y, a medida que Billy se adentraba, comenzaron a parpadear luces y más luces de diversos colores. Estas luces eran amarillas, luego rojas, y, después, de un espeluznante color púrpura que parecía empapar todos los espacios libres entre los grandes bloques de cemento y entre las fortificaciones, así como el cielo. Ahora, gran número de individuos empezaron a correr de un lado para otro, y a gritarse frases de una manera tan histérica que Billy no podía comprender lo que decían. Pero Billy estaba hecho con la madera del perfecto soldado, y sabía muy bien que su deber era cumplir las instrucciones recibidas, o sea, llegar al edificio de la administración general de «El Proyecto» y entregar el recipiente con el café. Esto era exactamente lo que pretendía hacer, y esto era lo que haría pasara lo que pasara. Nada ni nadie podría detenerle... Pero, verdaderamente, parecía que en «El Proyecto» pasara algo muy raro. Billy pensó que quizá sería mejor preguntar a alguien qué diablos ocurría allí. Pero, a su alrededor, nadie pasaba lo bastante despacio como para poder dirigirle una pregunta, por lo que Billy siguió adelante. De repente se hizo el silencio... Y, casi de inmediato, se oyó una gran voz que parecía proceder de una grabación magnetofónica. La voz anunció:

-Nuestro sistema señala la proximidad de... ...

Esto fue cuanto Billy pudo oír, ya que el tic-tic que antes había percibido volvió a llamar su atención. Y como sea que, ahora, Billy se encontraba solo, es decir, que no había nadie a varios metros a la redonda, Billy oía el sonido más fuerte y claramente. Y, maldita sea, parecía provenir de...

Billy abrió la tapa del recipiente de café, metió la mano en el hirviente líquido de color pardo, y extrajo un tubo de metal del que, ahora se daba cuenta sin la menor duda,

salía el tic-tic. Durante uno o dos segundos, Billy sostuvo ante sus asombrados ojos, azules como los de un niño de teta, aquel tubo de metal. Lo sostuvo así hasta que...

Bueno, hasta que explotó, y, juntamente con el tubo, explotó cuanto había alrededor.

Sí, todo explotó salvo la nave espacial preparada para huir de la tierra en casos de apuro, que, afortunadamente, pudo salir disparada de su rampa, con el tiempo preciso para encontrarse en la ingravidez del espacio exterior, en el instante en que se produjo la gran explosión en «El Proyecto» -confortante nota romántica-, y su destino es ahora un secreto para los tres pasajeros, y quizá siga siéndolo durante largo tiempo.

En realidad, esto poco importa. En la actualidad, se encuentran los tres tan lejos que sus relojes no marcan horas, sino años luz. En las inmensidades ingrávidas del ozono la preocupación por el paso del tiempo deja de existir. De vez en cuando, Gewinner sale de su cabina y pasa al compartimento de los pilotos, en el que se encuentran tres astronautas en lo más florido de su juventud. Las visitas de Gewinner les divierten. Gewinner y el más joven y radiante piloto se cuentan historietas el uno al otro, historietas centradas en el empeño caballeresco, desde los distintos ángulos en que uno y otro lo han vivido. Alguna que otra vez, pasa un rebaño de estrellas cual luciérnagas en un ocaso infantil, y, durante unos instantes, el «Arca del Espacio» queda inundada de luz, lo que hace sonreír a Gewinner, quien dice:

-Hora de acostarse.

Con lo que quiere decir que ha llegado la madrugada.

En una ocasión, tan sólo en una ocasión, el sistema de comunicaciones recogió una música rapsódica, una expresión sonora parecida a aquello en que pensaba el Buen Poeta Gris de Paumanok cuando gritó: «¡Tú, Vasta Redondez que nadas en el espacio!» Y esta música fue interrumpida, totalmente silenciada, por una voz tan poderosa que estremeció la nave espacial. En aquel preciso instante, Gewinner se encontraba en el compartimento de los pilotos, y como sea que todavía no dominaba a la perfección el idioma que éstos hablaban entre sí, no supo, ni siquiera pudo adivinar, lo que aquella poderosa voz había dicho, por lo que se dirigió al joven y radiante piloto, y le preguntó :

-¿Qué ha dicho esta voz? ¿Cuál es el mensaje que ha comunicado con tanta potencia?

-Bueno, ha dicho muchas cosas que en nada le afectan a usted de un modo especial. Pero hay una que sí le afecta. Y es que, por fin, le han concedido autorización para entrar, por lo menos, con nosotros. Podrá usted entrar, aunque, como es natural, por un período de prueba tan sólo.

-¡Ah, bueno...! -contestó Gewinner, a quien la posibilidad de no ser aceptado ni siquiera se le había ocurrido. Entonces, Gewinner señaló el blanco pañuelo de seda que le traía el recuerdo de tantas noches mágicas pasadas en el planeta Tierra, ahora ya muy lejos de cuantos iban en la nave espacial:

-¿Y esto qué? ¿Me dejarán entrar esto, también? El joven piloto le tranquilizó:

-Pues claro que sí, desde luego. Será aceptado y altamente valorado como una pieza histórica, en nuestro «Museo de Tristes Amuletos de las Galaxias que se Alejan para Siempre Jamás».

Gewinner se disponía a iniciar una discusión, a fin de evitar que su pañuelo de seda blanca recibiera aquel destino, cuando el joven piloto se puso en pie ágilmente, sonrió, se irguió, se desperezó y a grandes voces dijo:

-¡Hay que celebrarlo! ¡Champaña!

Y todos juntos rieron, cantaron y bromearon, y brindaron una y otra vez por la felicidad que les esperaba, en el instante en que llegaran a aquel punto marcado con una X, en el mapa del tiempo sin fin.